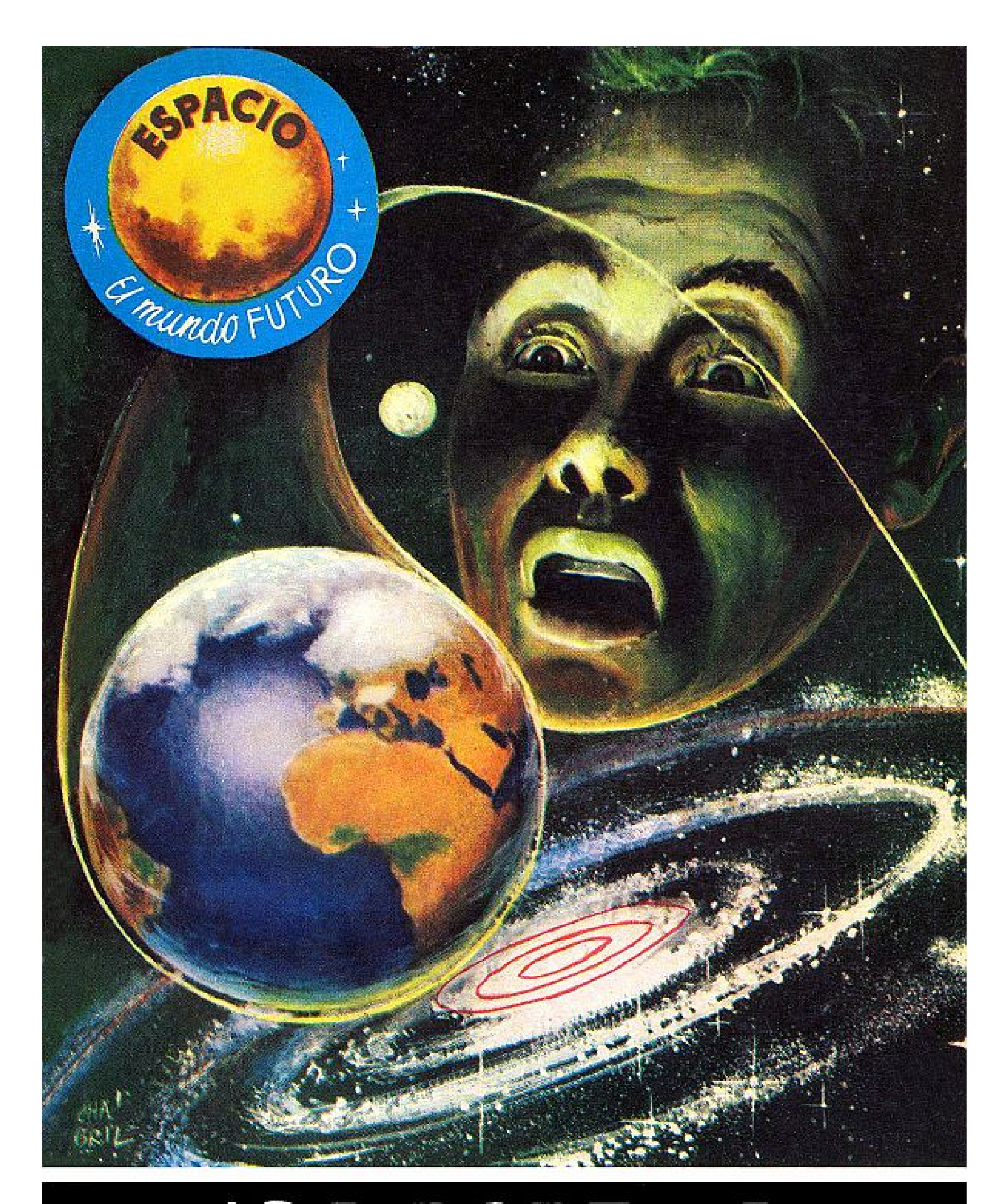


¡SE ACABA LA ELÍPTICA!

H. S. THELS

Sobre sus cinco millares de tornillos, el colosal tubo del telescopio del observatorio de Monte Wilson, en pleno Estado de California y en el árido desierto de Mojave, se movía lentamente, por décimas de pulgada, como un fenomenal cañón interplanetario que siguiese la marcha de una presa lejana, perdida en el infinito de la distancia.

Ningún ruido brotaba del mecanismo maravilloso del telescopio y los seres humanos que en la plataforma observaban, a través de las lentes, el misterioso espacio, permanecían en un silencio que parecía venir de fuera, por el casquete abierto de la cúpula metálica, de más allá del cielo californiano, de las regiones de lo infinitamente lejos.



H. S. Thels

¡Se acaba la elíptica!

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 59

ePub r1.0
LDS 22.06.18

Título original: *¡Se acaba la elíptica!*
H. S. Thels, 1957
Cubierta:
Cha’Bril
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



¡SE ACABA LA ELÍPTICA!



Contemplar el mundo que nos rodea a través del objetivo de un telescopio produce terror. Por encima de la emoción estética que se experimenta ante la grandeza del Cosmos, el pensar en las misteriosas leyes que mantienen sostenidos en el espacio a los colosos de piedra causa pavor. Y ese estremecimiento que recorre el cuerpo del observador está íntimamente ligado, además de a una sensación de infinita

pequeñez, al miedo a que uno de esos formidables ABISMOS espaciales no se vuelva eso: UN, ABISMO EN EL QUE NUESTRO MUNDO CAIGA COMO UN GRANO DE ARENA EN LA INSONDABLE SIMA DEL MÁS ESPANTOSO DE LOS OCÉANOS: LA NADA.

Capítulo primero



obre sus cinco millares de tornillos, el colosal tubo del telescopio del observatorio de Monte Wilson, en pleno Estado de California y en el árido desierto de Mojave, se movía lentamente, por décimas de pulgada, como un fenomenal cañón interplanetario que siguiese la marcha de una presa lejana, perdida en el infinito de la distancia.

Ningún ruido brotaba del mecanismo maravilloso del telescopio y los seres humanos que en la plataforma observaban, a través de las lentes, el misterioso espacio, permanecían en un silencio que parecía venir de fuera, por el casquete abierto de la cúpula metálica, de más allá del cielo californiano, de las regiones de lo infinitamente lejos.

Ni el rostro de Claude Forrester, ni el de su ayudante Leverson manifestaban emoción alguna, ya que su observación carecía de primordial importancia y se limitaba a seguir el

MS-1958,

un cometa que había penetrado hacía seis horas en el Sistema Solar y que se dirigía alocadamente hacia el Sol.

Había dejado ya atrás a Júpiter y en aquellos momentos su luminosidad se acercaba a Marte, sin que nada indicase que pasaría cerca del planeta rojo que, sin duda alguna, no experimentaría molestia alguna por el paso del luminoso tránsfuga del espacio.

Forrester separó el ojo del ocular y volviéndose a su ayudante:

—Creo que tardará unas tres horas en atravesar nuestra órbita.

Jimmy dejó también de observar y oprimiendo el botón de la cámara cinematográfica que seguiría tomando vistas del cometa:

—Sí, va perdiendo velocidad.

—Es casi seguro que caiga en el sol.

El joven se encogió de hombros.

—No creo que nuestro gigante se moleste mucho al recibir a ese infeliz pigmeo: una llamarada de helio, una chispa intrascendente… y se acabó.

—Eso es.

La joven muchacha que en la parte inferior de la plataforma había estado tomando notas taquigráficas de lo que, hacía unos minutos, le dijo el profesor Forrester, levantó la cabeza y miró a los astrónomos; luego, al percatarse de que no la miraban, se llevó la diestra a los labios para ocultar un bostezo que no podía resistir más.

Tenía sueño.

Jugueteando con el lápiz de afilada punta que tenía entre los dedos, consideró su trabajo con aquélla melancolía que experimentaba cada vez que pensaba en ello.

Envidiaba a sus amigas que trabajaban, como todo el mundo, durante el día y que tenían las noches libres para hacer lo que se les antojase; ella, sin embargo, vivía al revés y debía hacer esfuerzos tremendos para verse con *Tory*, aquel muchacho de cabello rojizo que tanto le agradaba.

Pero ¿cómo podía interesarse alguien por ella, si para verla debía esperar largas semanas hasta que Forrester le dejase su día libre por quincena?

Ganaba mucho más que sus amigas de Los Ángeles, pero aquello no era tan importante como en un principio pensó.

Su amargura dio paso a un gozo íntimo al recordar que el día

siguiente era el de su libertad y que durante cuarenta y ocho horas no volvería a aquel antipático observatorio ni anotaría las incomprensibles palabras que le dictaba el profesor.

Una voz llegó a sus oídos:

—¡Señorita Stiweer!

Se sobrecogió y de una forma completamente automática:

—¿Profesor?

—¿Anotó bien el paralaje del cometa?

—Sí, señor.

—Está bien; detenga la cámara cinematográfica, Leverson; vamos a ver lo que hace nuestro
MS-1958.

Volvieron a observar la marcha del cometa que proseguía su raudo camino por la negrura del espacio.

—Se aleja de Marte —comentó el profesor en voz alta—. Muy pronto llegará a nuestra órbita.

—¿Cómo se explica usted que parezca ir perdiendo velocidad?

—No lo sé. También parece como si perdiese «altura».

En realidad, la palabra «altura» era usada en un sentido puramente peyorativo: «alto» y «bajo» eran términos que no podían usarse en Astronomía, ya que en el espacio, careciendo de puntos de referencia, los sentidos de nuestro espacio terráqueo carecían de valor.

Sin embargo, ante los ojos de los dos observadores, la marcha del cometa iba experimentando una «inclinación» cada vez mayor.

Forrester frunció el entrecejo.

—Es como si sufriese la atracción de una masa mayor…

—¡Es imposible! Estamos demasiado lejos de él para que pueda experimentar atracción alguna de la Tierra.

El problema se acababa de plantear en un momento en que ninguno de los dos hombres de ciencia lo esperaban.

Nada era más sencillo que la observación de un cometa que carecía de mayor importancia y que ni siquiera podría comunicarse a otros observatorios que, como el de Wilson, se limitarían a observar su paso y anotarlo lo más simplemente del mundo.

Siguieron observando el misterioso crecimiento de aquella «inclinación» que iba aumentando de importancia cada momento.

—Ponga la cámara en marcha. Jimmy; es más que probable que

nadie quiera creernos.

—Está bien.

El profesor levantó la voz para que Clara Stiweer le oyese:

—Anote, señorita. ¿Dispuesta?

—Sí, profesor.

—«El

MS-1958

va inclinándose paulatinamente y desviándose de la primitiva trayectoria que parecía seguir desde que penetró en nuestro Sistema Solar. Su órbita había sido estudiada por nosotros y su fórmula matemática debe ser revisada por esta inexplicable anomalía que se observa en estos instantes…».

Se detuvo, y Clara dejó de escribir.

Sus ideas estaban muy lejos de lo que acababa de dibujar en rapidísimos signos taquigráficos y su pensamiento estaba cerca, muy cerca del amado *Tory*.

Le llamaría por teléfono en las primeras horas de la mañana citándole para tomar el aperitivo en cualquier bar de los muchos que el joven conocía.

Una especie de gozo orgánico se apoderó de ella.

¡Ver a *Tory* Leeman!

Se había preguntado muchas veces, sin atreverse a preguntárselo a él, cuál sería la ocupación que le proporcionaba tanto dinero y una vida en la que el tiempo parecía carecer completamente de importancia.

Porque *Tory* estaba libre a todas las horas del día y de la noche, y sus encuentros no estaban sometidos más que a las obligaciones de la muchacha; él estaba siempre dispuesto a salir con ella.

Suspiró profundamente.

¡Si pudiese lograr escapar de aquel observatorio, encontrar, otro trabajo más normal o… casarse!

Sonrió al dejar que aquélla, idea saliese de su inconsciente, de lo más recóndito de su alma. Sí —¿para qué engañarse?—: deseaba casarse, vivir como cualquier mujer y dejar de preocuparse de astros, cometas y estrellas que, después de todo, le importaban muy poco.

Todo el encanto que al principio le causó su trabajo, todos aquellos misteriosos e imponentes aparatos, todos los misterios que

la habían atraído en las primeras semanas, habían dejado de interesarle al percatarse de la monótona labor que, en realidad, era la suya.

La voz del profesor la sacó de sus ensueños.

—Anote, señorita, por favor: «El cometa se va acercando a nuestra órbita y sigue “declinando” incisivamente hacia ella. En realidad, de haber continuado su propia trayectoria, hubiese pasado once mil kilómetros por encima de la “elíptica”[1] de la Tierra; pero, desde que ha empezado a inclinarse, parece como si se dirigiese a la línea imaginaria por la que nuestro planeta gira alrededor del Sol…».

¿Qué podía importarle a ella todo aquello?

Lanzó una rápida mirada a su reloj de pulsera: eran las dos y media de la madrugada del día 17 de junio del año 1958…

«Dentro de dos semanas —se dijo—, cumpliré veintiséis años; una edad en la que una mujer debe empezar a ser menos exigente y más rápida en sus decisiones. Tendré que hablar a *Tory* formalmente».

El profesor y su ayudante, en aquellos momentos, incapaces de separar su mirada de la marcha del cometa, observaban cómo éste se precipitaba hacia el lugar que, según los cálculos, sería atravesado por la Tierra a los sesenta días de aquella fecha.

Sesenta días exactamente.

Sobre el negro fondo del espacio, el
MS-1958
empezaba a dibujar exactamente una trayectoria que no podía prestarse a ninguna confusión. Como atraído por una misteriosa fuerza, el cometa parecía no poder escaparse a atravesar la elíptica, en un punto determinado por los dos astrónomos con matemática precisión.

De repente…

Hubieron de mirar, pestañeando, para convencerse de que no se trataba de ninguna alucinación; luego, al convencerse de que era una verdad tangible, se miraron, en silencio, volviendo a contemplar el espacio.

No podía caber la menor duda.

El
MS-1958

había empezado a girar y su larga cola azotaba el espacio como las colas flamígeras de esos cohetes que giran como molinos en las noches de fiesta de los pueblos de todo el mundo.

Forrester, sin dejar de mirar:

—¿Se da usted cuenta, Leverson?

—Sí, me doy cuenta.

—Es como si un objeto fuese atraído por un torbellino incesante que lo fuese a tragar.

—Es inexplicable.

—Por el momento, sí; ya veremos después.

El cometa giraba locamente y daba la sensación de ser arrastrado por el torbellino del que acababa de hablar el profesor. Instantes más tarde, perdido su equilibrio, caía velozmente.

—¡Está cayendo, profesor!

—Sí, ya lo veo.

—¿Pero, cómo puede explicarse ese fenómeno?

El cometa desaparecía en la profundidad del espacio. El profesor separó su rostro del ocular del telescopio y secándose el ojo que lagrimeaba con un pañuelo de seda en el que su esposa había bordado sus iniciales, se volvió hacia su ayudante:

—No hay más que una explicación lógica, querido Leverson: HAY UN AGUJERO EN LA ELÍPTICA.

El joven le miró con los ojos desorbitados.

—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir?

El otro suspiró antes de contestar:

—Que hay un ORIFICIO EN EL CAMINO QUE DEBE RECORRER LA TIERRA Y QUE DE LA MISMA MANERA QUE ESE COMETA ACABA DE CAER EN ÉL, NUESTRO PLANETA CAERÁ, DE LA MISMA FORMA, DENTRO DE SESENTA DÍAS.

—¡Pero eso es el fin del mundo, profesor!

—Si quiere llamarlo usted así…

De golpe, bruscamente, Clara Stiweer había dejado de soñar. Las palabras de los dos hombres despertaron en ella una indecible angustia.

¡EL FIN DEL MUNDO!

Prestó oído a la conversación de los astrónomos.

—¿Cómo es posible que exista ese AGUJERO en la elíptica, profesor?

—Eso no podemos explicarlo, al menos por el momento; de todas formas, lo que acabamos de contemplar es como un AVISO, como un TIMBRE DE ALARMA que nos previniese de lo que nos espera dentro de sesenta días.

—Que es…

—… el dieciséis de agosto de nuestro año de gracia, como decían los antiguos, de 1958.

—¡Sesenta días de vida para la humanidad! ¡Es horrible!

—Así es, amigo mío.

—¿Qué cree que debemos hacer?

Forrester no se esperaba aquella pregunta directa. Ensimismado en el nudo gordiano de aquel imprevisto problema, estaba a mil leguas de la realidad que, por el contrario, dominaba a su ayudante.

Entonces se dio cuenta que muy por encima del interés científico de lo que acababan de descubrir, HABÍA UNA REALIDAD ESPELUZNANTE, UNA VERDAD TREMENDA QUE HARÍA ESTREMECER AL MUNDO EN CUANTO LA CONOCIESE.

Se percató también de que…

Clara agachó la cabeza cuando adivinó que el profesor iba a mirarla; en efecto, Forrester acababa de darse cuenta de una presencia con la que no había pensado.

—Haga el favor de retirarse, señorita Stiweer; puede irse, si así lo desea. No la necesitaremos hasta mañana.

Ella sintió una cólera que la dominaba y contestó secamente:

—Mañana es mi día libre, profesor.

—Es verdad. Perdone… puede tomar su día de asueto, señorita.

Ella se levantó sin decir palabra y con su cuaderno de notas bajo el brazo, se dirigió al despacho del profesor sobre cuya mesa debía dejarlo antes de salir del observatorio.

Cuando hubo salido, el hombre de ciencia se dirigió a su ayudante:

—¿Cree que ha oído cuanto hemos dicho?

Jimmy se encogió de hombros.

—No lo creo, y si ha escuchado no ha debido enterarse mucho. Está constantemente aturdida y no hace caso de lo que pasa aquí.

—Mejor que mejor.

El ayudante miró al sabio; luego, con voz velada:

—No pensará, silenciar lo que sabemos, ¿verdad?

—Eso es lo que estaba pensando ahora mismo.

—No le entiendo.

Claude sonrió.

—¿De qué serviría alarmar al mundo? Aunque lo informásemos, no legraríamos más que crear una situación horrorosa, un resquebrajamiento de la moral y la disciplina, Como ocurrió, en muchas ocasiones, cuando se anunció erróneamente el fin de nuestro planeta. La gente enloqueció y se hicieron multitud de excentricidades que en algunas ocasiones, fueron ciertamente trágicas. No, no creo que sea de utilidad alguna el comunicar lo que sabemos. Los hombres, además de no agradecérnoslo, no nos lo perdonarían.

—¿Y nosotros?

El profesor volvió a sonreír.

—Veo que es usted inteligente además de práctico. Ese «nosotros» lo he tenido también en cuenta. Muy en cuenta. ¿Qué familia tiene usted, Leverson?

El joven le miró con extrañeza.

—Nadie.

—Perfectamente. Ha de buscar una prometida: la que desea. Jamás podrá considerarse más feliz una mujer que la que usted elija.

—¿Por qué?

—PORQUE SERA UNA DE LAS CUATRO PERSONAS QUE QUEDARÁN CUANDO LA TOTALIDAD DE LA HUMANIDAD HAYA DESAPARECIDO.

Jimmy no pudo por menos de estremecerse.

—¿Nadie más, profesor?

El hombre de ciencia movió lenta y negativamente la cabeza.

—Nadie más, Jimmy. Usted, su esposa, la mía y yo. Sé lo que está pensando y también me agradaría poder beneficiar a alguien más; algunas mentes privilegiadas, por ejemplo; pero es inútil.

—¿Por qué?

—Porque sería dificilísimo guardar un secreto como el nuestro. Ni mi propia mujer, ni la que usted elija como suya deben SABER UNA SOLA PALABRA.

Leverson asintió con la cabeza; sus ideas eran demasiado confusas para poder emitir un juicio lógico. De todas formas, hombre práctico, inquirió:

—¿Y cómo escaparemos nosotros?

—¿Ha oído hablar de Franz Heuter?

—¿Ése loco que prepara un viaje a Marte?

—Sí; pero ese loco, como usted lo llama, no está tan loco como se piensa. Ya sabe que me arrastró a su laboratorio para que viese su astronave y, francamente, la encontré magnifica, ha lanzado algunos cohetes interplanetarios sin piloto y ha conseguido, con el último que lanzó, llegar hasta Marte. Naturalmente, que el aparato debió destrozarse…

—Lo que demuestra que no hay seguridad.

—Según como se mire. Yo puedo aportar conocimientos importantes para que Heuter pueda desarrollar de manera más efectiva sus trabajos. Sobre todo, necesito que me preste uno de sus cohetes. ¿Se imagina para qué?

—No.

—Para enviarlo hacia ese lugar de la elíptica donde se ha hundido el cometa; si nuestra hipótesis es cierta, el cohete desaparecerá «tragado» por ese misterioso abismo.

—¡Es verdad!

—Una vez demostrada nuestra teoría, simularemos interesarnos por la astronave y llegado el momento…

No dijo más, porque, en realidad, no era necesario. Jimmy Leverson le había entendido perfectamente.

CAPÍTULO II



eeman, *Tory* Leeman, era un hombre que no podía engañar, por su aspecto, más que a la cándida e infantil Clara Stiweer; sólo una estupidez romántica como la que padecía la secretaria de Forrester podía confundir a aquel granuja con una persona decente. *Tory* Leeman era alto, esbelto: «uno de esos hombres guapos que las mujeres descerebeladas contemplan con ardor», pero que los hombres y el resto de las damas conocen con un nombre tan desagradable como explícito.

Vestido impecablemente, sus buenos trajes poseían siempre una nota que es como la marca de esos individuos: una flor intempestiva en el ojal, una corbata repleta de «girls» lánguidamente recostadas sobre una imaginaria arena de Florida o una camisa, a dos colores, en líneas paralelas y que hacían daño a la menos sensible de las personas que tenían la desgracia de observarlas.

El tono meridional de su rostro destacaba tremendamente con lo rojizo de sus cabellos y quizás en ello residía lo que sus admiradoras

llamaban, por llamarlo de cualquier manera: el «charme» de *Tory* Leeman.

La policía de Los Ángeles lo tenía fichado y estaba completamente convencida de que estaba en relación con Dan Michelson, el controlador de todo lo que de malo, perverso y degenerado existía en la ciudad californiana. Pero, por el momento, «le dejaba hacer», convencida de que, llegado el momento, sería fácil hacer «cantar» a aquel figurín que lloraría en cuanto se le propinasen algunos puñetazos capaces de alarmarle de la integridad de su hermoso físico.

Ése era *Tory* Leeman.

¿Que por qué iba con Clara Stiweer?

¡Misterios insondables de la vida!

Quizá fuese porque la secretaria de Forrester era la única persona decente que *Tory* había conocido en su vida y aquello le causaba la misma excitante sensación que se hubiese probado una nueva droga, aunque esto último hubiese sido bastante difícil.

Además, Clara le molestaba muy poco y el ir en su compañía le causaba un placer sincero, ya que las otras mujeres, con las que se solía ver, llevaban, como él, un indeleble y claro sello de su turbia personalidad.

Por eso, porque Clara «le cambiaba las ideas», *Tory* acudió a la cita, aquel mediodía, con un traje azul a rayas blancas, punteadas, una camisa azul oscuro y una corbata blanca sobre cuya parte visible se hallaba una joven arrodillada ante un sol que surgía, o desaparecía, en el horizonte. Un pañuelo blanco salía del bolsillo de su pechera y una flor, un clavel rosado, ornaba su ojal.

Clara se había puesto un traje de sastre y estaba agradable con su sencillo atuendo.

Se encontraron en una «*snack*»: el «The Moon», un lugar bastante tranquilo, situado no lejos de la Wilson Avenue.

Él, como siempre, se apoderó de las manos de ella y con un gesto archisabido, se las llevó a los labios, besándolas ardientemente. Para aquel granuja, era el saludo que creía correspondía a una muchacha como Clara.

—¡Hola, preciosa! ¡No, no me digas nada y deja que te mire! Cada vez que lo hago, después de quince días de espera, me pregunto si no eres una de esas estrellas errantes que miras en el

observatorio.

Ella le miró cándidamente embelesada.

—¡Qué cosas dices, *Tory*!

—Muy sosas al lado de las que debes estar acostumbrada a oír.

—¡Tonto!

—¿Qué quieres tomar?

—¿Y tú?

—Yo un «Martini» con una rajita de limón y seco.

—Otro para mí.

Tory se volvió hacia la «barmaid», que hacía esfuerzos para contener la hilaridad que le producía aquella cómica y disparatada escena que se veía obligada a presenciar.

—Ya has oído, Peggy.

—¿La conoces? —inquirió Clara cuando la «barmaid:» se hubo alejado.

Tory se mordió los labios.

—Sí… ¡pobre chica! La hice colocarse aquí. Ha perdido a los suyos y estaba en una situación espantosa.

—¡Qué bueno eres, cariño!

—¡Bah! No tiene importancia alguna. Pero dejemos de hablar de mí. ¿Qué me cuenta de nuevo mi muñequita?

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te cuente? Ya conoces mi vida y puedes saber lo que he podido hacer, hora por hora, desde la última vez que nos vimos. ¡Si pudiese estar yo tan segura de lo que tú has hecho durante todo este tiempo!

Él le acarició los cabellos.

—¿Celosa?

Ella respondió con una mueca.

—¡Hum!

—No debes estarlo, preciosa. *Tory* Leeman sabe muy bien lo que le conviene y no hace locuras; de eso puedes estar segura. Yo también pienso en si uno de esos astrónomos no te cogerá de la mano mientras, embelesado, mira las estrellas.

Ella rió divertida.

—¿Ellos? ¡Si ni siquiera se dan cuenta de que existo!

—Deben estar ciegos.

—No lo sé…, ni me importa.

—¡Así me gusta, preciosa! Sólo debe importarte tu *Tory* y a él no le importa más que tú.

Mordiéndose los labios al oír la última frase del granuja, la «barmaid» colocó los vasos ante los clientes.

—¿Qué te debo? —inquirió *Tory* con acento magnánimo, pero sin hacer el menor movimiento hacia su chaqueta.

—Con los dos «*whiskies*» de antes, seis dólares con cincuenta.

Clara se adelantó, como solía hacerle.

—¡Déjame pagar, querido!

—¡De ninguna manera!

Esta vez, la «barmaid» no pudo resistir y hubo de volverse velozmente hacia les anaqueles repletos de botellas para no reír ante las propias narices de Clara.

Pero ésta, como todas las ingenuas, no tenía más que ojos para su acompañante y abriendo su bolso, cogió un billete de diez dólares colocándolo sobre el mostrador.

Tory lanzó una mirada a aquel billete y a los otros muchos que apercibió en el monedero.

¡Era verdaderamente curiosa la vida!

Aquella ridícula muchacha ganaba mucho más de lo que a él le daba Dan; claro que, por el momento, Michelson no tenía ningún asunto importante que confiarle, ya que cuando tal cosa ocurriese, los billetes entraban en cantidad respetable.

Mientras la «barmaid» daba el cambio a Clara, *Tory* intentó explicarse qué cosa tan importante debían hallarse en las estrellas para que el Gobierno pagase tan espléndidamente.

No encontró la respuesta que esperaba y encendió un cigarrillo; luego, cuando Clara se volvió a él:

—¿Vamos, cariñito?

Se agarró ella a su brazo y salieron, andando por la acera de la avenida entre el tráfago tremendo a aquellas horas.

Se dirigieron hacia el lugar donde la muchacha había aparcado su coche y nuevamente *Tory* sintió aquella punzada de envidia al comprobar que tampoco podía él gozar de la alegría de tener un vehículo de su propiedad. Tan sólo cuando Dan le necesitaba como chófer, le era posible manejar el «Cadillac» del jefe.

Como solían hacerlo ya cada vez que se encontraban, salieron fuera, de la ciudad, tomando una de las autopistas. Ella le había

dejado el volante y se recostó sobre su hombro, con los ojos entornados y dejando que el aire moviese sus dorados cabellos.

—¿Qué haces en el observatorio? —inquirió repentinamente él.

Clara se extrañó tanto de la inesperada pregunta que, incorporándose, le miró fijamente.

—¿Por qué me lo preguntas, querido?

Él no podía decirle que aquella cuestión entrañaba una curiosidad que estaba en directa relación con el tren de vida de la muchacha; no era curiosidad, sino deseo de explicarse los motivos que empujaban al Gobierno para pagar tan excelentemente a una muchacha que llevaba el bolso repleto de billetes y que poseía un descapotable como aquél.

Tardó bastante en contestar.

—Pura curiosidad, ¿sabes? Me estaba preguntando que, cuando no te dejan salir más que una vez cada quince días, debes tener un trabajo tan importante como complicado.

Ella sonrió.

—¡No lo creas, amor mío! No hago más que tomar notas y notas que me dicta ese pesado de profesor Forrester.

—Debe ganar mucho ese tipo, ¿eh?

—No creas que le importa el dinero. Prefiere sus problemas, sus planetas y sus galaxias.

—¿Qué es eso?

—No te preocupes, querido. Cosas que ni a ti ni a mí nos interesan.

Se percató él de que no iba a sacar nada en limpio y se hubiese encogido de hombros de haber estado solo; de todas formas, aun considerándola tremendamente estúpida, pensaba salirse con la suya y pedirle cien dólares que, estaba seguro de ello, no le negaría.

Pensó, unos instantes, en lo que haría con aquel dinero en cuanto ella regresase a su trabajo y sonrió.

—¿De qué te ríes, *Tory*?

La mentira le resultó tremendamente fácil.

—Me acuerdo de cuando era pequeño; mi madre me decía que cuando viese un cometa por el cielo, debía cerrar los ojos y formular un deseo. Entonces…

Al sentir que la muchacha se había separado bruscamente de él, *Tory* la miró de reojo.

—¿Qué te ocurre, querida?

Ella se había puesto mortalmente pálida y él, molesto y preocupado al mismo tiempo, detuvo el vehículo, aparcándolo en un camino vecinal.

—¿Te encuentras mal, Clara?

La muchacha sonrió tristemente.

—No, no es nada…

Él la tomó en sus brazos y la besó con más calor de lo necesario.

—No quiero que estés triste a mi lado, muñeca.

—Es que acabas de recordarme algo horrible y que creía haber olvidado.

—¿De qué se trata?

—Del fin del mundo.

Tuvo que hacer un esfuerzo formidable para no lanzar una sonora carcajada; pero, en contra de su deseo, se percató de la seriedad que manifestaba el rostro de su novia. Ésta, como si hablase consigo misma:

—Nos quedan sesenta días de vida, amor mío; es decir, cincuenta y nueve. Ellos no quieren decirlo a nadie y estoy segura de que están forjando un plan para evadirse.

Intentó entender algo, pero su mente no estaba preparada para tantas complicaciones y aunque la muchacha le explicó cuanto ella sabía, no logró asimilar más que la idea de que la Tierra iba a desaparecer y de que todos los humanos morirían irremisiblemente.

Tardó bastante en experimentar el estremecimiento de miedo que hubiese sacudido a cualquier humano; su cerebro era lento y su preocupaciones e ideas sobre la vida someramente interesantes.

—¿Estás segura? —inquirió.

—¡Claro que lo estoy!

Él se fumó dos cigarrillos mientras intentaba encontrar un camino a seguir; le dominaba el miedo de terminar tan pronto de vivir y gozar, y hasta creía que todo aquello había sido promovido por los tipos del observatorio.

«Después de todo —se dijo— son los sabios los que han inventado la diabólica bomba atómica y son capaces de haber ideado algo para hacer pedazos la Tierra».

Se dio cuenta, a medida que intentaba razonar, de que su obligación era comunicar todo aquello al jefe. Dan era un hombre

inteligente y podía sacar partido de aquella información.

Sonrió al imaginarse la cantidad de billetes que, de rebote, caerían en su bolsillo.

—Quiero que me hagas un favor, Clara.

—El que tú quieras, amor mío.

—Desearía que contases todo eso a mi jefe.

—¿Tú jefe? —sonrió—. ¡No sabes cuánto deseaba conocer tu trabajo, *Tory*! Siempre me he preguntado…

—Ahora lo sabrás. Ya puedes estar segura de que nunca te ocultaré nada.

—¡Qué bueno eres!

Condujo deprisa, nervioso, deseando llegar al hotel donde se hospedaba Dan.

Una vez en el vestíbulo del hotel, *Tory* condujo a la muchacha al elegante bar y en voz baja.

—Espera aquí, cariñito; enseguida vuelvo.

Ella le cogió por la manga.

—No tardes, *Tory*. —Y lanzando una divertida y curiosa mirada alrededor suyo—. ¿Sabes que tu jefe debe ser un hombre muy importante para vivir en un hotel como éste?

Él sonrió por simple educación y corrió hacia los ascensores, no respirando a gusto hasta no hallarse ante el jefe.

Dan Michelson era un hombre macizo, de anchas espaldas, achaparrado y de rostro pentagonal, ojos azules y mejillas agradablemente coloreadas. Llevaba lentes «Truman» con montaje de oro, aunque no los necesitaba; pero estaba convencido que aquello le daba un aspecto interesante y de persona inteligente.

Tory le explicó, como pudo, cuanto había oído decir a la muchacha. Al comienzo de aquella información, Dan estuvo a punto de echar a patadas al idiota de su ayudante de la habitación; pero la presencia de la muchacha en el bar le hizo olfatear que bien podía hallarse alguna cosa «aprovechable» en todo aquello.

Desde luego, no creía ni una sola palabra de aquel cuento del fin del mundo, pero se le quedaron grabados los detalles del dinero que ganaba la muchacha y hasta se asomó, empujado por *Tory*, a la ventana para contemplar el «imponente» descapotable de la joven.

—Hazla subir… y déjanos solos.

Tory se mordió los labios, pero la costumbre de una disciplina

férrea le hizo tragar saliva y no decir nada.

Mientras Dan y Clara hablaban —la conversación duró cerca de dos horas—. *Tory* Leeman se fumó un paquete de «Camel» en el bar y se bebió media docena de «*whiskies*».

Estaba nervioso y hubiese dado cualquier cosa por enterarse de lo que se charlaba en la habitación de Dan.

Se sintió inferior a su jefe y maldijo hasta el haberle conocido; pero, por otro lado, comprendió que no era el hombre que hubiese sabido aprovechar aquel asunto y que sin la ayuda de Michelson se hubiese perdido todo lo que podía sacarse de la valiosa información que le había proporcionado Clara.

Cuando vio a Dan y a la muchacha, que sonriendo se acercaban al bar, el corazón le dio un vuelco. Conociendo los deseos de su jefe, se anudó convenientemente la corbata y con una hipócrita sonrisa en los labios:

—¿Qué? ¿Lo han pasado bien?

Dan le dirigió una mirada asesina, preguntándose cómo aquel imbécil podía engañar a mujeres de la inteligencia de la que tenía al lado. Volvióse a la muchacha:

—Siéntese, por favor, señorita Stiweer, Voy a ordenar que le traigan algo.

—No se moleste, señor Michelson. No me apetece nada en este momento.

A *Tory* se le abrió la boca al ver la educada manera de tratarse y la compenetración que entre ambos parecía haberse creado.

Fue a sentarse en la mesa que su jefe había designado, pero Dan, con un gesto adusto, dijo:

—Ven conmigo, *Tory*. Vamos a encargar algo.

Se lo llevó de allí y cuando se hallaron en el «*hall*»:

—Escucha, imbécil: si haces algo que contraríe a esa muchacha, te arranco las orejas con unos alicates.

Tory le miró con asombro:

—Yo, jefe… —balbució.

—¡Tú te callas! Acompañas a esa muchacha, la llevas al cine que quieras, la convidas a merendar en algún sitio decente y luego, cuando la lleves al observatorio, te enteras de cuándo sale de allí un tal Jimmy Leverson, Después vienes y me dices lo que hayas averiguado. ¿Entendido?

—De acuerdo.

—Ahora vas a comprar a Clara, mientras yo encargo un bocadillo, un buen ramo de rosas.

—Estoy sin un centavo, jefe.

—¡Eres un desdichado!

Hurgó en su cartera y entregando unos billetes al otro:

—Toma cien dólares y gástalos con prudencia para sacarles provecho. No olvides lo que te he dicho sobre ese tipo del observatorio. Antes de decidirme a entrar en la partida quiero conocer bien lo que se juega en ella.

Tory sonrió y con voz burda:

—¿Un buen asunto, eh, jefe?

Dan le miró con visible desprecio.

—¡Vete a por las rosas, idiota! ¿Crees que está bien que la dejemos sola tanto tiempo?

CAPÍTULO III



ranz Heuter había tenido una suerte y una manía. La primera fue heredar de su buen padre, un exportador avispado, una buena cantidad de dinero; la segunda —la manía— era la preocupación constante de que el nombre de Heuter estuviese íntimamente ligado al desarrollo de la Astronáutica, ciencia que en 1958 empezaba a desarrollarse definitivamente.

Había logrado construir muchos cohetes interplanetarios y ya empezó a alcanzar cierta celebridad al lograr que uno de ellos se estrellase contra la lejana superficie de Marte.

Franz era un hombre bajito, regordete, casi completamente calvo y emotivo en extremo. Si hubiese logrado dominar el miedo que sentía hacia todo lo que significaba un peligro se hubiera atrevido a pilotar el aparato de Astronáutica, que con tanto cariño estaba construyendo.

Al conocer la inesperada visita del profesor Forrester se frotó las manos, ordenando a su criado que introdujese inmediatamente al

visitante.

Se adelantó para estrechar la mano del sabio.

—Francamente no le esperaba, profesor.

Quería decir bastante con aquello, y Claude comprendió perfectamente el sentido oculto en las palabras que el otro acababa de pronunciar.

Hasta aquel día Claude Forrester había hecho caso omiso de cuantas invitaciones le hizo Franz, que, conociendo la fama del astrónomo, intentaba interesarle en sus construcciones de Astronáutica.

Forrester tomó asiento, y con un aire de fingido desconsuelo:

—No sé cómo hacer que me perdone, señor Heuter en realidad estaba demasiado enfrascado con mis problemas y, por otra parte, con entera franqueza, he de decirle que no creía en la posibilidad, al menos por ahora, de los viajes interplanetarios.

—¿Lo cree posible ahora?

—Sí.

—¿A qué se debe ese cambio?

—Tiene derecho a saberlo, Heuter. He observado la explosión que se produjo sobre la superficie de Marte, al estrellarse el cohete que usted envió allá.

Y eso me ha hecho meditar mucho; no se crea que soy de los que no saben rectificar…

Guardó silencio para medir la intensidad de la reacción que había provocado en el otro.

No podía ser mejor.

Heuter era, como todos los maníacos, un entusiasta y bastaba hablarle de posibilidades de vuelos espaciales para que su corazón empezase a latir con idéntica intensidad que el de una jovencita a la que un muchacho de su agrado acaba de confesarle su amor.

Miró, con ojos agradecidos, al astuto profesor.

—¡No sabe cuánto me alegro de que esté usted aquí, querido amigo! Ya sabe que, desde un principio, sólo pensé en usted, porque usted es el único astrónomo que ha investigado a fondo las posibilidades de los viajes interplanetarios. Yo nunca le guardé rencor por las acerbas críticas que me dirigió en la Prensa; todo lo contrario, estudié con detalle sus palabras porque en ellas había enseñanzas incontables para un ignorante como yo.

—No debe hablar así, señor Heuter. Gracias al lanzamiento de su cohete hacia Marte ha sido posible que yo reflexionase sobre ello y llegase a la conclusión que, con algunos pequeños cambios, pudiese ser posible el vuelo de una astronave, con seres humanos en el interior, hasta el planeta rojo.

La mirada de Franz estaba encendida por una llama de felicidad indecible.

—La nave del espacio que he construido será capaz de realizar ese viaje sin dificultad.

—¿Cómo van los trabajos?

—Casi ultimados.

—¿Puede decirme el motivo de haber limitado las plazas a cuatro?

—Sí, enseguida. Como ya usted sabe, lo más difícil de todo lo que se presenta al constructor en Astronáutica es lograr que su aparato salga de la zona gravitatoria de la Tierra. Hasta ahora todos los cohetes que se habían construido, por muy fuerte que fuese la carga impulsiva de que eran dotados, no lograban escapar a la fuerza de atracción de nuestro planeta. Siempre, de una manera fatal, volvían a caer porque eran incapaces de deshacerse de esa tremenda fuerza que tiraba de ellos con intensidad decreciente, pero invencible.

—Pero lo logró usted en el cohete enviado a Marte.

—Sí, porque me percaté de que había de sacrificar la mayor parte del volumen de la astronave para dotarla de unos depósitos de combustible que no se agotasen tan aprisa. No ignoro que una vez fuera de la órbita de la Tierra y logrado un impulso inicial lo suficiente potente, la astronave continúa su marcha debido a la inercia de movimiento.

—Así es.

—En el cohete que envié a Marte, sirviéndome de las observaciones astronómicas que usted acababa de hacer sobre la posición del planeta, no era, en realidad, más que una carga formidable, un tremendo depósito de oxígeno líquido donde no se había concedido espacio alguno para nada más: ni aparatos de control, ni mecanismos de ninguna clase. ¡Todo era combustible!

—Comprendo.

—De todas formas, mi alegría, como usted puede suponer, fue

enorme al comprobar que había logrado no solamente vencer la fuerza de atracción de la Tierra, sino llevar al cohete hasta Marte. Naturalmente, confiaba en la gravitación de este astro para que atrajese a mi cohete, que, por otra parte, llevaba una carga explosiva potente para que pudiese ser observada su llegada desde aquí.

—Creo que le envié fotografías de ese acontecimiento.

—Sí, profesor. También recibí cartas y fotografías de otros observatorios americanos y extranjeros; pero las suyas fueron las que colmaron mi interés, ya que yo sabía que usted era el hombre que conocía mejor y más profundamente todo lo que el mundo sabe de Marte.

—Exagera usted, amigo mío.

—No. Pero es igual; yo había conseguido mi más anhelado propósito e inmediatamente empecé la construcción de una astronave, basándome en las enseñanzas obtenidas con el lanzamiento del cohete.

—No ha contestado usted a mi pregunta de antes.

—Ahora mismo voy a hacerlo. Usted me ha preguntado el porqué de la limitación de las plazas a un número tan pequeño como cuatro. Acabo de decirle, profesor, que, gracias a la cantidad de combustible colocado en el cohete, pudo éste llegar hasta Marte. Calculando los volúmenes de ambos aparatos —el cohete y la astronave—, debía dotar a esta última de una carga que me garantizase —vista la del cohete— la llegada hasta Marte. La astronave, como usted podrá comprobar dentro de unos minutos, es francamente enorme, pero el sitio para sus futuros ocupantes es reducido, ya que, además de la carga enorme de combustible líquido, he tenido que colocar un sistema de cohetes en la proa para que, una vez arribados a Marte, puedan aterrizar sin que les ocurra lo que al cohete: que se estrellen.

—Comprendo perfectamente.

—Puedo asegurarle, profesor, que mi astronave llegará indemne al planeta rojo.

—De eso estoy seguro.

—Lo difícil es encontrar alguien que desee ir. No crea que habría muchas dificultades; pero, en realidad, la mayoría de las personas que se presentarían no sería interesante. Porque ¿qué harían una

vez llegados a su destino? Claro está que el aparato va dotado de víveres, enseres y máquinas, así como armas, para varios meses, y que, por otro lado y gracias a sus detallados estudios, he conseguido demostrar a usted la existencia de oxígeno en la atmósfera de Marte, en proporción y mezcla suficientes para permitir la respiración normal de seres humanos sin necesidad de escafandras ni dispositivos especiales; de eso puede llegar a demostrar que los que vayan al planeta rojo pueden quedarse mientras aquí construimos varias astronaves más, ya que, al comprobar el éxito de la expedición, el gobierno de los Estados Unidos proveerá de cuantos fondos sean necesarios para la construcción de una flota de astronaves en las que hombres, máquinas y todo lo que sea necesario, podrá ser enviado a Marte para levantar allí la primera ciudad humana.

Se entusiasmaba hablando y el profesor le dejó montar aquel andamiaje de fantasía.

Por su parte, mientras aparentaba escuchar las palabras del otro, pensaba en lo fácil que iba a ser convencer a Heuter, de que le dejase formar la expedición, que, sin ningún género de dudas, sería la PRIMERA y sobre todo LA ULTIMA QUE REALIZARÍAN LOS SERES HUMANOS ANTES DE DESAPARECER EN EL ABISMO QUE HABÍA SURGIDO EN LA ELÍPTICA.

Esperó a que el otro terminase su entusiasta perorata, y con voz en la que supo colocar una dosis de bien simulada emoción:

—Voy a pedirle un favor, Heuter.

—Lo que usted desee, profesor.

—Desearía formar parte de la expedición que ha de ir a ese planeta.

El otro le miró con los ojos muy abiertos y no dando crédito a lo que acababa de oír.

—¿Ha dicho usted, profesor?

—Que quisiera encargarme de la expedición, señor Heuter. Si no le molesta, desde luego.

—¿Cómo quiere que me moleste una cosa que es lo mejor que he oído en mi vida?

—¿Acepta entonces?

—¡Claro que sí! Usted cubrirá de gloria mis insignificantes trabajos y, unido a su prestigioso nombre, el mío pasará a la

Historia de la Humanidad.

Forrester sonrió satisfecho.

«¡Pobre estúpido! —se dijo—. La Historia de la Humanidad, esa Historia que tanto parece complacerte… ¡si supieras lo corta que va a ser!».

Y en voz alta, gozándose por anticipado:

—¿Por qué no me acompaña usted, Heuter?

El hombrecillo palideció un tanto.

—Yo… —balbució— ¡no puede usted imaginarse lo que me gustaría hacerlo!

—Entonces… —insistió Claude con mordacidad.

—No, con franqueza; no puedo. Es ingrato confesar el miedo que tengo a esos viajes y cómico a la vez saber mi entusiasmo por esas cuestiones; pero la triste y burlona realidad es que nada más pensar en ello… se me pone la carne de gallina.

—Comprendo; pero no ha de preocuparse. Nosotros, mis colaboradores y yo, haremos el viaje y sólo nos permitirá que bauticemos la astronave con su nombre.

Las lágrimas asomaron al rostro de Franz.

—¡Nunca olvidaré esta deferencia que me llena de orgullo! —dijo con voz emocionada.

Pasaron inmediatamente después a los amplios talleres situados junto a la residencia particular del multimillonario. La manía de éste era tan intensa, que había hecho construir hangares y dependencias junto a su casa, ya que noche y día los pasaba entre los técnicos y operarios, animándoles con su contagioso entusiasmo.

Desde el primer ingeniero al último operario nadie dudaba que Franz Heuter estuviese loco de atar; sus manías, sus expresiones y sus ridículos gestos divertían a todos; pero, en el fondo, pagaba maravillosamente bien, y a pesar de sus humanos y perdonables defectos tenía un corazón de oro.

La astronave se erguía sobre la armadura metálica que la sostenía en posición horizontal y más de quinientos hombres se movían como hormigas junto a aquel bello monstruo de la ingeniería moderna.

Acompañado del profesor, al que presentó con orgullo a cuantos estuvieron a su alcance, como para demostrarles la carta decisiva que habían tomado sus hasta entonces descabellados proyectos,

Heuter pasó las más dulces horas de su vida.

Si alguien le hubiese insinuado que en aquellos momentos no era más que el inocente y estúpido peón del juego maligno y egoísta que se traía Forrester se hubiese negado a creerlo, aunque se le hubieran proporcionado pruebas de una evidencia indiscutible.

Rebosaba bondad y medía a los hombres por la generosa medida de su propia imagen.

Una vez visitada la astronave, Forrester se percató de que aquel hombrecillo insignificante, ridículo y exuberante como un meridional valía mucho más de lo que había podido imaginar y que, en realidad, era un ingeniero y un director más que notable.

La astronave era una obra maestra y después de repasar los cálculos que el mismo Heuter había hecho se dio cuenta de que el aparato podía llegar, sin ningún género de dudas, hasta el planeta, ANTES QUE LA HORRIBLE CATÁSTROFE ACONTECIESE.

Pasaron nuevamente al despacho y, después de hacer que el criado japonés les sirviese bebidas, Heuter, cuya alegría había coloreado intensamente sus mejillas, dijo:

—¡Estoy como un muchacho al que acaban de regalar su primer tren eléctrico! Pensar que usted, el profesor Forrester, va a dirigir personalmente la expedición que he proyectado.

Claude sonrió; luego, al recordar algo de primordial importancia que había olvidado:

—¿Posee usted algún otro cohete como el que envió a Marte?

—Sí.

Y extrañado por aquella inesperada pregunta:

—¿Es que hay alguna duda respecto a la llegada del primero?

—No, mi querido amigo. Si no estuviese completamente convencido del éxito de su primera experiencia no me atrevería a tomar la iniciativa de la que acabo de hacerme responsable.

—¿Entonces?

—Deseaba probar una zona en la que, de algún tiempo a esta parte, han aparecido numerosos núcleos de aerolitos. Comprenderá usted que, si fuese necesario, reforzaríamos la proa de la astronave para atravesar dicha zona sin peligro alguno.

El rostro de Heuter, unos instantes descolorido por la duda, tornó a empurpurarse intensamente.

—¡No había pensado en cosas de este tipo! ¡Qué estúpido soy!

Tengo dos cohetes, casi completamente terminados, y que, desde luego, están por completo a su disposición.

—Debería enviar uno de ellos lo antes posible.

—¡Claro! Déjeme dos días, solamente dos días, y podremos enviarlo hacia la zona del espacio que usted desee.

Forrester estaba contento cuando abandonó la residencia del magnánimo Franz.

Había conseguido cuanto se proponía, y además de ser el dueño absoluto de aquella maravillosa astronave, ÚNICA POSIBILIDAD DE ESCAPAR AL FINAL DESASTROSO DE LA TIERRA, poseía dos cohetes con los que ratificar las observaciones hechas junto a Jimmy para convencerse plenamente de que la solución de continuidad de la elíptica seguía, como un monstruoso cepo, esperando la llegada del planeta para precipitarlo a abismos sin fin.

Todo había resultado a las mil maravillas, y lo único importante era que nadie pudiese enterarse jamás del peligro que amenazaba la Tierra. Por su parte estaba seguro de que nada lograría hacerle hablar y que ni su propia esposa conocería la verdad hasta que, desde el espacio, vieran hundirse la pobre Tierra en una profundidad espeluznante.

Al entrar en la ciudad recordó, sin saber exactamente por qué, a Clara, y dudando que la joven hubiese llegado a oír parte de la conversación, forjó un plan, tan detalladamente como hubiese realizado una operación matemática Y QUE NO PODÍA FALLAR EN MODO ALGUNO.

CLARA STIWEER NO TENDRÍA OCASIÓN DE IRSE DE LA LENGUA.

CAPÍTULO IV

a carretera, al salir del observatorio de Monte Wilson, describía una curva mientras se enredaba, en complejos lazos, alrededor de las desérticas mesetas del Mojave que rodeaban el centro científico.

Aquella mañana, un «Buick» espléndido, de color azul y descapotable, se detuvo en lo alto de la tercera curva.

Era temprano.

La hermosa mujer que lo conducía, para no montar la capota del vehículo, se había sacrificado para ponerse, sobre su vestido estival, un abrigo de entre-tiempo de un «*beige*» aplumado de gran efecto estético.

Al detener el coche, la mujer echó una primera ojeada a su alrededor y desde el asiento, sin moverse, contempló la meseta sobre la que se alzaba la brillante cúpula del observatorio; luego, siguiendo el curso de sus ideas, sonrió divertida.

—¿En qué demonios de asunto andarla metido esta vez Dan?

Rara vez la utilizaba, y cuando lo hacía solía ser doblemente generoso de lo que, habitualmente, lo era; pero ahora, desprendiéndose de las instrucciones que le había dado, ella llegaba a la conclusión de que el asunto debía ser de la mayor importancia, ya que, por vez primera, iba a lanzarla voluntariamente a los brazos de otro hombre.

La cosa no dejaba de ser divertida.

Entornando los ojos. Vera Coler sonrió de nuevo.

Se sabía hermosa y atractiva en extremo, pareciéndole que la labor que le habían encomendado no sería extraordinariamente difícil; sin embargo, todavía zumbaban en sus oídos las recomendaciones de Dan y en aquella postura, dejándose acariciar el rostro por el sol que acababa de surgir detrás de las montañas, recordó las palabras que Dan Michelson le había dicho la noche anterior:

—Ten mucho cuidado, Vera. No se trata de uno de esos hombres que tú estás acostumbrada a tratar. Esta vez, amiga, es un hombre de ciencia, un joven científico, acostumbrado al trato con esas mujeres cursis e intelectuales que, entre paréntesis, nos «dan cien patadas» a ti y a mí.

Ella le había mirado con sorpresa; luego:

—¿Crees que no me encontrará atractiva, Dan querido?

El tono de reproche de aquella pregunta hizo reír al granuja.

—¡Diabólicamente atractiva, encanto! Pero no es eso; lo que necesito es que ese idiota se enamore locamente de ti, que crea haber encontrado la mujer de sus sueños. Por eso, precisamente por eso, debes ser prudente y reservarte lo más posible.

—¿Qué quieres decir? —había preguntado ella.

Él titubeó antes de contestar:

—¡Qué sé yo! Lo que quiero decir es que no debes mostrarte demasiado… precipitada.

—¡Ya entiendo! Nada de consentir que me bese hasta que me haya demostrado que quiere casarse conmigo. ¿No es eso?

—¡Es eso y no es eso! Si te muestras demasiado distante, lo echarás todo a rodar y si te muestras demasiado «rápida», puedes estropearlo igualmente todo. Mejor que nadie, tú, que eres mujer, puedes medir las cosas como yo no sabría jamás hacerlo.

Y después de un corto silencio:

—No olvides la categoría de ese tipo. Debe ser un idiota de tomo y lomo; uno de esos hombres a los que una mujer debe estar diciendo constantemente que es un genio y que ha descubierto todas las estrellas él solito. ¿Te enteras?

—Sí, amor mío. Pierde cuidado, que soy capaz de pasarme la noche mirando al cielo a su lado.

—Está bien. Lo que deseo es que puedas enterarte de otras cosas.

—¿Qué cosas?

—No vayas tan aprisa. Cuando tengas un poco de confianza con él, has de enterarte de dónde ocultan una especie de aparato con el que quieren ir a Marte.

—¿A Marte? ¡Qué emocionante! ¡A lo mejor me lleva con él! ¡Imagínate, Dan: un viaje de novios a Marte!

—¡No digas estupideces! Ni él ni nadie irá a Marte; pero lo que quiero saber es dónde y cuándo van a construir ese aparato.

—¿Piensas robarlo, amor mío?

—¿Y a ti qué te importa? Haz tu trabajo con cuidado y no te arrepentirás; pero, si se te ocurre «meter la pata» y estropearlo, ya sabes cómo las gasto…

Ella se estremeció, porque recordaba algunas cosas poco agradables.

Y eso había sido todo.

Se quedó sin enterarse de la importancia que aquel extraño aparato podía tener para Dan ni lo que éste perseguía con aquel asunto que le parecía el más misterioso de cuantos conocía.

Lanzó una mirada al reloj de a bordo y se dijo que ya era hora de preparar el «escenario».

Bajó del coche y recorrió unas yardas a pie, comprobando la existencia de aquel ramal de carretera, no utilizado y del que le había hablado Dan.

Daba gusto trabajar con Michelson, fuera cual fuese el asunto.

Cuando el granuja preparaba algo, lo hacía con todo detalle y no se daba descanso alguno hasta estudiar todas las posibilidades. Por eso, la policía no consiguió jamás demostrarle nada.

Volvió a consultar la hora, esta vez en su reloj de pulsera y llegó a la conclusión de que debía prepararlo todo.

Tomó al coche y sacando unos prismáticos, tomó asiento y se dedicó a examinar la puerta del observatorio.

Dejó pasar el tiempo.

Estaba contenta y, al mismo tiempo, emocionada.

Dejándose llevar por todo lo que en aquel momento latía en su interior, se dio cuenta de lo mucho que odiaba a Dan. Él había sido el más directo culpable de que su vida de muchacha honesta cesase de ser una realidad.

Ella trabajaba en el guardarropa de un salón de té que, por una de las «operaciones» de Michelson, había pasado súbitamente a su poder.

Desde el instante que el «gángster» había puesto los ojos sobre ella, Vera se percató de que su vida iba a tomar nuevos derroteros y… se vio inmediatamente, obligada a ello.

Se lamentaba ahora, quizá cuando ya era demasiado tarde; pero, todas aquellas ideas surgían, porque, de un momento a otro, iba a conocer a un hombre honrado, a los que había perdido de vista desde que se convirtió en la amiga oficial de Dan.

¡Los hombres honrados!

Intentó recordarlos, volver a oír sus palabras, repetir sus gestos, pero casi le fue completamente imposible.

Estaba demasiado acostumbrada a convivir con los «hombres» de Dan, los «muchachos» o los «boys», como él los llamaba; gente inculta, dura, soez y que no conocían más ley que la que llevaban colgada en los «holsters», encima de sus albas camisas de cien dólares.

En aquel instante, cuando experimentaba una amargura íntimamente ligada a su arrepentimiento, vio que el coche de Jimmy Leverson salía del observatorio.

Dan le había proporcionado una descripción exacta del vehículo y un retrato del joven, aparecido en una revista científica de astronomía.

Había llegado el momento de actuar.

Guardó cuidadosamente los gemelos, puso el coche en marcha y avanzó despacio hasta adentrarse en el ramal inutilizado y que estaba lleno de piedras.

El «Buick» se tambaleaba por aquel camino y su motor ronroneaba al esfuerzo de la dura pendiente que estaba subiendo.

De repente, Vera frenó al ver que la carretera terminaba y que, al otro lado, bruscamente, estaba cortada a pico sobre una altura de

una docena de metros.

Con el freno puesto, abrió la portezuela y salió para examinar el pequeño abismo por el que debía lanzar el coche.

«Debe ser muy importante todo esto —se dijo— para que Dan estropee un coche tan estupendo…».

Buscó una piedra de cierto tamaño y un bastón largo, que no le fue difícil encontrar, ya que los árboles podían proporcionarle ramas de todos tamaños y grosores. De todas formas, le costó bastante arrancar una de ellas.

Colocó la piedra sobre el asiento y con la rama, después de aflojar el freno y calzar las ruedas traseras, para que el coche no se deslizase hacia atrás, dejó caer la piedra, fallando la primera vez, ya que no cayó, como ella lo deseaba, sobré el acelerador.

A la segunda vez, la cosa salió bien y el coche, acelerado bruscamente, dio un formidable salto, cayendo con un estrépito formidable sobre la carretera situada doce metros más abajo.

Vera corrió y estuvo a punto de lanzar un grito de horror al ver en el estado lastimoso en que había quedado el hermoso vehículo.

Pero recordando las recomendaciones de Dan, se destrozó el vestido, se arrastró por el polvoriento camino, se desgarró igualmente el abrigo, con un gesto de cómico dolor y se tendió, no lejos del coche, cuyas ruedas, ya que el vehículo había dado la vuelta completa, seguían girando velozmente.

* * *

Tres millas más abajo, Jimmy vio la tremenda polvareda que levantó el coche al caer y frenó bruscamente el suyo, preguntándose lo que podía haber ocurrido.

Luego, consciente de que alguien podía necesitarle, apretó el acelerador y se lanzó a una loca carrera, ciñéndose peligrosamente en las curvas.

Minutos más tarde detenía su vehículo junto al siniestrado.

Vio enseguida a la mujer que yacía cerca del «Buick» y corrió hacia ella, tremendamente angustiado.

De momento, absorto en comprobar si aquella muchacha estaba viva, no reparó en otra cosa; pero al posar la mano sobre el pecho y sentir el acelerado latir del corazón de la accidentada, respiró,

sintiéndose feliz de no haber asistido a uno de esos dramas de la carretera que suelen producirse con demasiada frecuencia.

La miró entonces con más detenimiento.

Vera había destrozado sus vestiduras con una perversa sabiduría y él pudo percatarse de que la belleza no había olvidado —en modo alguno— a aquella deliciosa criatura que tenía a sus pies.

No, decididamente no había visto en su vida una mujer tan definitivamente hermosa, y cuando la cogió en sus brazos, para trasladarla a su propio coche, experimentó una emoción nueva y que tenía mucho de deliciosa.

Una vez la hubo recostado sobre el amplio asiento posterior, fue hacia el coche, intentando encontrar algo de valor para ella. Recogió los gemelos, cuyo estuche se había ensuciado, y un bolso de piel clara y cuyo broche imitaba extraordinariamente la forma de un corazón.

Dudó unos instantes, decidiéndose después a abrir el bolso, más que por mera curiosidad, por conocer la identidad de la muchacha.

Además de todo lo que puede hallarse en el bolso de cualquier mujer del mundo, Jimmy encontró un libro, en octavo, cuyo título le hizo sonreír.

Era «La guerra de los mundos», de H. G. Wells.

Dan Michelson lo había puesto allí.

Volvió al coche en el momento en que Vera, creyendo que su falso desmayo había durado bastante, se removía, quejándose con un arte extraordinario. Momentos después entreabría los ojos.

—¿Dónde estoy?

Él se sintió profundamente conmovido.

—No se preocupe, señorita Coler.

Ella parpadeó, haciéndole admirar sus largas y hermosas pestañas que llevaban, exactamente, la precisa cantidad de «rimel» para realzar su ya natural belleza:

—¿Cómo? ¿Conoce mi nombre?

Jimmy enrojeció, luego, con voz turbada, adujo:

—Perdone; he abierto su bolso… debía hacerlo por si usted no se recuperaba rápidamente. Mi deber era llevarla a su casa.

—Pero —inquirió Vera con un acento de dulzura irresistible—, ¿qué ha ocurrido?

—Su coche se ha desplomado por un corte. Debió equivocarse

de carretera.

—¡Dios mío! ¡Podía haberme matado!

—Por fortuna parece ser que no ha sufrido daño grave.

Ella se miró y con un sentido del pudor que emocionó profundamente al astrónomo:

—¡Qué horror! ¡Qué vergüenza!

Él enrojeció mucho más de lo que ella logró hacerlo y confuso buscó algo con que cubrir el cuerpo de la muchacha, entregándole una manta de viaje.

—Muchas gracias. Estoy abochornada.

—Ni lo piense. Francamente yo soy el primero en lamentar…

—Es usted muy amable.

Guardaron silencio unos instantes.

—¿Cómo ha quedado mi coche?

—Muy estropeado. Creo que deberá volver a casa inmediatamente. Además, debe verla el médico. Vera asintió con la cabeza.

—¡Qué suerte que haya usted acertado a pasar por aquí en esta ocasión! Me dirigía al observatorio con una invitación para visitarlo. Estaba tan intensamente emocionada que no debí darme cuenta de que me equivocaba de camino.

—¿Se dirigía usted al observatorio de Monte Wilson? —inquirió él súbitamente interesado.

—Sí. ¿Trabaja usted allí, por casualidad?

—Soy el subdirector.

—¡Cuánto me alegra conocerle! No puede usted imaginarse cuánto he tenido que andar para lograr una invitación que me permitiese ver ese maravilloso lugar. Desde anoche estoy como soñando con esta visita. ¡Y ahora todo se ha venido a tierra!

—No lo crea. Lo importante es que no le haya ocurrido nada. En cuanto se encuentre restablecida podrá visitar el observatorio las veces que le plazca.

—¿De verdad?

—Se lo aseguro. No tendrá necesidad de molestar a sus amistades para lograr una invitación oficial. Yo mismo la recibiré cuando se digne venir.

—¡Qué suerte he teñido de encontrarle! Parece cosa del destino, ¿verdad? Ha sido necesario que casi me matase para conocer a un

hombre tan interesante coma usted.

—Por favor, señorita Coler.

—No sea modesto. Siempre he admirado y creído superiores a hombres que como usted se dedican a estudios tan maravillosos y que se alejan del mundo con el solo deseo de conocer grandes verdades.

Las frases le salían tan bien que hubiese dado cualquier cosa porque Dan la hubiese visto «actuar».

—Lo mejor que podemos hacer es regresar a Los Ángeles. ¿No le parece?

Ella le sonrió tristemente.

—Sí, es verdad. Pero no vaya demasiado deprisa, se lo suplico; después de lo que acaba de ocurrirme, creo que tardaré bastante tiempo en volver a coger un coche por mi cuenta.

—Iré despacio.

Se dio entonces cuenta de que llevaba aún en la mano los gemelos y el bolso de ella.

Se los entregó con una sonrisa apurada.

—Perdone mi curiosidad, señorita.

—No se preocupe, señor…

—Me llamo Jimmy Leverson y creo que puede llamarme Jimmy.

—Tiene usted razón; después de todo nos hemos conocido en circunstancias completamente extraordinarias. De acuerdo, le llamaré Jimmy, pero a condición, de que usted me llame Vera.

Él experimentó de nuevo aquella sensación turbadora que le incendiaba las mejillas.

—Está bien… Vera.

Tuvo que demostrar su maestría como conductor para poder pasar con su coche por el estrecho pasillo que había dejado el vehículo accidentado. Luego, ya libre en la carretera, apretó el acelerador, sin pasar de las cincuenta millas por hora, para que ella, la linda accidentada, no sintiese molestia ni mareo alguno.

Mientras conducía, Jimmy medía la importancia del ocasional encuentro que acababa de tener. Recordando las recomendaciones del profesor Forrester, de que buscase novia, sonrió al imaginarse que la suerte parecía haberle favorecido de una manera que se le antojaba maravillosa.

Se atrevió a lanzar una mirada por el espejo retrovisor y vio el

lindo rostro.

Vera, con los ojos cerrados, estaba ciertamente deliciosa y, sin darse cuenta, apretó el acelerador como si el coche se hubiese convertido en un símbolo que fuese el móvil que le condujese hacia la felicidad que ansiaba en aquellos momentos.

Indudablemente, Dan Michelson podía considerarse contento.

Así iba pensando Vera, que, en aquellos momentos, sin saber exactamente por qué, algo nuevo nacía en ella; algo nuevo que, sin embargo, era como un eco de aquellas ideas que, mucho tiempo antes, dominaban por completo su cerebro.

Y, extrañándose de que una exclamación de aquel género pudiese brotar de su mente, se dijo con una alegría que no se conocía:

«¡Al diablo Dan Michelson!».

CAPÍTULO V


ientras regresaba al observatorio, una furia salvaje se había desarrollado en el corazón del profesor Forrester.

Tan ensimismado estaba con sus ideas, que casi se estrella contra un «Buick» que parecía haberse accidentado en una de las curvas. Maldijo a los conductores locos y, después de pasar junto al vehículo casi completamente destrozado, olvidó por completo todo aquello.

Clara Stiweer le obsesionaba.

Cuanto más pensaba en ella, más seguro estaba de que la muchacha había oído parte de la conversación que había mantenido con su ayudante, y considerándola tremendamente estúpida, sentía el temor de que hubiese dicho algo, haciendo prueba de una imperdonable falta.

Se mordió los labios.

Justamente había logrado del idiota de Heuter que le prometiese

mantener todo aquello en un secreto inviolable y que no comunicase absolutamente a nadie los proyectos que ambos tenían juntos.

Era perfectamente comprensible que, si se corría la voz del peligro que amenazaba al mundo o los preparativos de la expedición se hacían demasiado públicos, pudiesen surgir dificultades que serían fatales para él y para Jimmy.

Penetró en el portalón del observatorio, deteniendo su coche junto a la puerta y, por primera, vez, olvidó de coger las llaves del vehículo, dejándolas puestas.

Tenía prisa.

A aquellas horas Leverson debía de haber salido, sin duda alguna, y Clara estaría en su despacho, pasando a máquina las observaciones pendientes. Sólo los mozos y el personal de limpieza debían estar en el edificio anexo que tenían destinado como vivienda.

La limpieza del delicado instrumental se hacía muy temprano, por las mañanas; y a aquella hora ya debía haberse terminado.

Antes de dirigirse a su propio despacho, Forrester recorrió las dependencias del observatorio, comprobando que, efectivamente, todo estaba vacío y las cosas en orden.

Sonrió.

Dejando la cartera voluminosa que llevaba siempre en su habitación, particular, sólo Jimmy, la señorita Stiweer y él estaban autorizados a pernoctar en el observatorio, marchó hacia el despacho.

Ya antes de llegar oyó la máquina de escribir en la que trabajaba Clara.

Volvió a sonreír.

Penetró silenciosamente en el despacho.

—¡Buenos días!

Ella se sobresaltó y volviéndose hizo un esfuerzo con el que no logró más que a medias realizar la sonrisa de acogida que deseaba expresar.

—Buenos días, profesor.

—¿Cómo va el trabajo?

—Bien.

—Déjelo por ahora, señorita. Deseo charlar unos instantes con

usted.

Ella le siguió, tomando asiento en un sillón no lejos del que ocupó el propio profesor.

Éste encendió un cigarrillo y tardó bastante en empezar:

—Lo que voy a decirle no tiene mucha importancia. En realidad, nuestras observaciones de la otra noche eran equivocadas y es más el temor del ridículo que otra cosa lo que me preocupa.

Ella permanecía silenciosa, sin explicarse aún el curso de aquella inesperada conversación.

—Esta mañana —prosiguió él con una sonrisa que significaba su alegría por haber logrado la manera más precisa de sondear los pensamientos de la muchacha—, esta mañana —repitió—, unos periodistas me detuvieron en Los Ángeles para preguntarme lo que había de ese fantástico final del mundo que yo había descubierto, según ellos, en la elíptica.

Sonrió al descubrir un casi imperceptible parpadeo en el rostro de la muchacha.

—No se preocupe, señorita Stiweer, por favor. La cosa no tiene mayor importancia. Comprendo que usted, sin saber lo que hacía, ha hablado a alguien de esto.

Ella enrojeció, pero viendo la expresión de bondad que reflejaba el rostro del profesor:

—Sí, se lo dije a *Tory*.

—¿*Tory*?

—Mi prometido.

—Y… ¿a nadie más?

Clara dudó unos instantes; estaba dispuesta a ocultar la visita al jefe de su amigo.

Claude se percató de que había rozado algo importante, y con la más hipócrita de las sonrisas:

—Ya le he dicho que no tiene importancia alguna, amiga mía; tan sólo poder explicarme el motivo de que la prensa conozca mi fracaso…; pura curiosidad, se lo aseguro.

Aquello borró la preocupación de Clara.

Le contó todo, contestando a todas las preguntas que él le hizo, con aquella sonrisa amable en los labios.

Forrester anotó en su mente todos los detalles, los nombres, las direcciones; todo lo que ella le dijo quedó perfectamente

almacenado en su formidable memoria. Los nombres no le decían nada, pero aquello no le preocupaba mucho, ya que conocía a alguien que le sacaría de dudas.

Lo que le dominaba era la rabia de haber sido burlado por una estúpida como aquélla.

Le ordenó que siguiese trabajando y saliendo del despacho volvió a su habitación; consultó el listín de teléfonos de Los Ángeles y momentos después llamaba a un número.

—¿Señor Bristol?

—Sí, aquí la Agencia Bristol de Investigaciones.

—No sé si me recordará, señor Bristol. Requerí sus servicios una sola vez.

—¿Quién es usted?

—El profesor Claude Forrester.

—¿El director del observatorio de Monte Wilson?

—Eso es. Veo que me recuerda.

—Sí, señor, y como siempre, la Agencia está por entero a su disposición.

—Muchas gracias. Dentro de media hora estaré ahí; de todas formas, puedo anticiparle algo.

—Usted dirá.

—Se trata de una investigación; es decir, de un asunto ligado a un tal Dan Michelson.

Y como el otro no dijo nada.

—¿Me ha oído? ¿Le conoce usted?

—¿Quién no conoce al granuja más granuja de todos los granujas de Los Ángeles, profesor?

—Yo.

—Me lo imagino y le aseguro que ardo en curiosidad por saber el asunto que ha podido relacionarle, directa o indirectamente, con un hombre sin escrúpulos.

—¿Me ayudará?

—De todo corazón. El día que pueda demostrar algo de ese sinvergüenza, la policía —que entre paréntesis no siente hacia mí y mis compañeros de trabajo un sentimiento cariñoso— me levantará una estatua.

—Perfectamente. Dentro de una hora estaré en su despacho.

—Le espero, profesor.

Forrester colgó el teléfono y sonrió. Todavía le quedaban muchas cartas para jugar antes de darse por vencido.

Lo fundamentalmente importante era que NADIE SUPIESE QUE EL FINAL DEL MUNDO ESTABA PRÓXIMO.

Pasó nuevamente a su despacho, en el que entró, de puntillas.

Clara Stiweer seguía trabajando a la máquina.

Cuando las sólidas manos del profesor se cerraron alrededor de su cuello, la muchacha intentó lanzar un grito; pero la presión ejercida se lo impidió, así como captar el aire que le era necesario para la vida.

Fue breve para morir…

* * *

Dan Michelson había permanecido once horas encerrado en las lujosas habitaciones del hotel que ocupaba.

No permitió que nadie le molestase y tan sólo cuando Vera le fue anunciada, rompió aquel retiro durante el que se había fumado media docena de paquetes de tabaco y, bebido una botella de «*whisky*» y dos de soda.

Vera Coler penetró en la habitación de su amigo y jefe cubierta por un vestido de «*sport*», de color verdoso, sencillo y elegante a la vez.

Dan la miró de pies a cabeza.

—¡No me digas! ¿Eres Vera, verdaderamente?

Hubo un gesto de disimulado disgusto en el rostro de la muchacha.

—¿Por qué dices eso, Dan?

Él se encogió de hombros.

—No sé. Quizá por la manera tan rara como te has vestido.

Iba ella a decirle que aquélla era la primera vez desde que le había conocido, que era la Vera de siempre, la que tanto le hubiese gustado seguir siendo; pero guardó silencio y cuando notó que él esperaba que ella dijese algo.

—Sí me vistiese de otra forma, no conseguiría que me mirase por segunda vez.

—¿Cómo han ido las cosas?

—Perfectamente.

—¿Y el coche?

—Se destrozó bastante. ¡Me dio una lástima!

—No te preocupes, encanto; podemos comprar una docena de ellos cada año.

—Si tú lo dices.

—¿Qué tal es ese tipo?

—Estupendo. Un hombre elegante, simpático, inteligente y lleno de atenciones.

—¿Se tragó el anzuelo?

—Por completo. Pasado mañana iré a Monte Wilson y me enseñará todo. Aprovecharé la ocasión para informarme de lo que te interesa.

—No demores demasiado la cosa, preciosa. Hay prisa.

—¿Tanta?

—No puedes imaginártelo. Recuerdas a Schneider, ¿verdad?

—¿Schneider? No, te lo aseguro.

—Tienes muy mala memoria. Es el tipo que conocimos en Hollywood el año pasado.

—¿Aquel agente de Seguros de Artistas?

—Sí. Si mal no recuerdo, intentó hacerte la corte. Hasta te prometió que trabajarías en una película. ¿No fue así?

—Sí, pero tú me lo prohibiste.

Michelson sonrió cínicamente.

—¡Qué cosas tengo! ¿Tienes el número del teléfono de ese «incitador de artistas»?

—Sí.

—Llámalo.

Ella le miró con un aire dubitativo; pero Dan ordenó con voz ronca:

—Te he dicho que le llames.

—¿Ahora mismo?

—Sí. Cítale en cualquier lugar de Hollywood, esta misma noche. Quiero hablar con él.

—¿Crees que acudirá a una cita… si sabe que vas a venir tú también?

—No me creas tan tonto, preciosa. Acudiremos juntos a Hollywood, pero tú llegarás al lugar de la cita… veamos; eso es, media hora antes de que yo me presente. ¿Qué te parece?

—Bien —repuso ella sin gran entusiasmo.

—Llámalo entonces.

Vera obedeció, obteniendo la conferencia casi inmediatamente. Durante cinco minutos, y ante Dan, habló con Schneider y consiguió una cita para aquella misma noche.

Colgó y volviéndose hacia Michelson:

—Ya está.

—Vales tu peso en oro, preciosa.

La miró intensamente y de arriba abajo.

—Para ir a Hollywood, cámbiate de ropa; ponte uno de esos vestidos que te he regalado últimamente.

* * *

Hans Schneider no parpadeó siquiera cuando vio a Dan acercarse a la mesita que ocupaba con Vera en el «Astoria».

Desde que habló por teléfono con la muchacha, se percató de que aquella cita no había surgido de ella, sino que la mano de Dan era visible. De todas formas, Hans estaba interesado en saber lo que podía desear el jefe de los granujas de Los Ángeles.

Schneider era el tipo clásico del prusiano y desde su cráneo dolicocéfalo hasta su rígida postura militar, que se trasparentaba en cada uno de sus gestos, era la vivísima estampa de uno de esos «Junkers», señores de vidas y haciendas que tanto han hecho sufrir a Europa.

El monóculo formaba parte de su rostro y su brillante calva era conocida en todo Hollywood donde, a pesar de que su aspecto podía recordar miserias pasadas para muchos artistas procedentes del Viejo Continente, se le miraba con la simpatía que había sabido ganarse en una titánica lucha contra los que desearon hacerle la competencia.

El noventa por ciento de las grandes figuras del séptimo arte estaban afiliadas a su organización de seguros —de todas clases—, lo que le proporcionaba pingües ganancias.

Desde las piernas de una célebre bailarina de la Meca del cine, hasta el perro, el gato o el mono que desempeñaban papeles de protagonistas en las películas de aventuras, todo lo que podía asegurarse en Hollywood estaba asegurado por él.

Se levantó para saludar a Dan.

—¡Hola, viejo zorro! No creas que me has engañado.

Michelson se sentó frente a él.

—Si hubiese imaginado un solo instante que eres de esos tipos a los que se puede engañar, no hubiera venido a verte. Ya lo sabes.

—Gracias por el cumplido.

Dan se dirigió a la muchacha:

—¿Lo has pasado bien, pequeña?

Iba Vera a contestar cuando Hans se le anticipó:

—Hemos charlado, cenado y reído. Quizá, lo que se llama divertirse, no lo haya conseguido. Me gusta bailar, pero estas músicas modernas me dan escalofríos.

—Lo comprendo —repuso Dan—. Me pasa a mí lo mismo como a ti y es que ya empezamos a ser viejos.

El camarero se había acercado y saludado con un guiño a Michelson, al que conocía mucho.

—¿Tienes algún rincón libre esta noche, Albert? —inquirió el «gángster».

—Sí, señor; puede utilizar el compartimento azul.

—Perfectamente. Prepáralo y lleva unas botellas de «*whisky*» y un par de champaña. Enseguida vamos.

Cuando el camarero se hubo alejado, Hans, con una sonrisa divertida:

—Así, que tenemos gran reunión hoy, ¿no es eso?

—Y mucho más importante de lo que tú crees. Si has conocido un asunto, en toda tu vida, como el que te traigo, me dejaré ahorcar sin resistirme.

El rostro del ex germano se oscureció.

—Ya sabes que no me interesan los asuntos en los que pueda meter la Ley los hocicos.

—¿Y quién ha nombrado a esa antipática dama, Hans?

Sonrió cínicamente y con aire de fingida sinceridad:

—¡Ojalá me hubiese encontrado con un asunto como éste hace veinte años! No creas que es por mi gusto por lo que he hecho todo lo que la vida me ha obligado hacer. Al que más y al que menos, le interesa ganar mucho con el menor riesgo posible.

Miró a Vera:

—¿Quieres esperarnos un rato, querida? Terminaremos pronto,

te lo aseguro.

Ella hizo una mueca y decidida:

—Quisiera irme, a un teatro. Así podréis charlar tan largamente como queráis.

Hans intervino:

—Puedes ir a «Well Star», Vera; ponen una revista divertidísima.

—Perfectamente —dijo Dan—. ¿Quieres dinero?

—Ya tengo yo, gracias.

Estrechó la mano de los dos hombres y salió, seguida de la mirada admirativa de todos los varones que se hallaban en la sala.

—¡Es preciosa! —exclamó Dan.

El otro sonrió significativamente, pero no despegó los labios; luego, al desaparecer Vera tras la puerta giratoria del local:

—¿Vamos?

Atravesaron el salón y después de pasar por una pequeña puerta, no lejos de la entrada que ocupaba la orquesta, llegaron a un saloncito azul, cuyas paredes guardarían cualquier secreto.

Lo que habían pedido estaba ya servido sobre la mesa y junto a ésta, en el suelo, el cubo de hielo con la botella de espumoso ponía su nota característica.

Tomaron asiento y después de encender los habanos preguntó el germano:

—¿De qué se trata?

Dan se puso a hablar despacio, repitiendo las cosas que creía de primera importancia. Había sacado un cuadernito de notas y se ayudaba cuando dudaba de algo.

Schneider le dejó hablar; luego, cuando Dan terminó, empezó a preguntarle sin descanso, hasta que el asunto quedó definitivamente aclarado.

El rostro de Hans se había ido enrojeciendo a medida que iba comprendiendo que el otro le estaba diciendo una verdad formidable.

Finalmente, con una sonrisa en los labios:

—¡Mi enhorabuena, Dan! ¡Has encontrado algo estupendo!

—¿Lo crees así?

—Sí. Lo que no creo es lo de ese imaginativo astrónomo.

—¿Qué quieres decir?

—Que eso del fin del mundo es un absurdo, una «trola» de

tamaño colosal, pero que se convierte en un asunto formidable.

—Entonces… en caso de que construyamos la astronave o nos apoderemos de la que, sin duda alguna, debe estar fabricando ese sabio… ¿no vendrías con nosotros?

—¿Te has vuelto loco? Este asunto puede proporcionarnos un millón de dólares a cada uno… o quizá más. ¿De qué te serviría ese dinero en Marte?

—¡Tienes razón!

—Yo estoy plenamente convencido de que ese sabio está como una cabra. Si la cosa fuese una realidad, una verdad indudable, el profesor ese se hubiese precipitado a Washington para comunicar tal noticia a las autoridades. ¿Es que no lo entiendes?

—Sí, ahora sí.

—Tú puedes ocuparte de lo de la astronave y si encuentras alguna dificultad, me lo comunicas. Tengo una idea por si la necesitásemos. Por mi parte, lograré ese nuevo «seguro», no lo dudes, porque los artistas son egoístas y querrán salvar el pellejo de este fin de mundo tan emocionante. Ellos tienen dinero en cantidades fabulosas y se desharán de ellos si ven que todo lo que tanto aman —sus preciosas vidas— están expuestas a un final horrible. ¡Cuenta conmigo, Michelson!

—Lo esperaba.

—Lo que deseo es que me comuniques cuanto antes lo del aparato de ese Forrester. En cuanto me des detalles precisos empezaremos a trabajar por nuestra cuenta.

—No te entiendo.

—Pues está claro como el agua. Es más que seguro que si ese demente de Forrester ha preparado un aparato, no contaría con los trescientos pasajeros que nosotros vamos a tener antes de una semana. En tal caso, tendremos que construir otro aparato.

—¿Y cómo lo haremos?

—Conozco al hombre que podría realizarlo si tuviese el dinero suficiente. Se llama Dumontier y es un cerebro privilegiado si el alcohol no se lo ha disuelto ya; pero no te preocupes. En cuanto vea el color de los billetes, hará lo que yo le diga.

—¿Y si llegan a Marte y, como tú dices, se dan cuenta de que no ha pasado nada y desean volver?

—¿Crees que estás tratando con un idiota? Sí salen en la

astronave, NO VOLVERÁN NUNCA.

Y después de una pausa:

—No volverán nunca, PORQUE NO LLEGARÁN JAMÁS A MARTE.

CAPÍTULO VI

o ha visto usted a Clara en sus salidas a Los Ángeles, Jimmy?

Leverson se volvió hacia el profesor.

—No, y me extraña mucho que no haya vuelto. Telefoneé ayer al hotel donde se hospedaba y no saben nada de ella; creían que, como de costumbre, estaba aquí.

—¿Qué cree usted que haya motivado su deserción?

—Lo ignoro, profesor, aunque sé que tenía un novio y que no estaba muy a gusto trabajando con nosotros.

—¡Qué le vamos a hacer! Afortunadamente, ya no necesitamos ninguna secretaria. Dentro de veinte días estaremos ya rumbo a Marte.

Hubo un corto silencio.

—¿Tiene usted novia ya, Jimmy?

—Sí, señor, y no sabe cuánto le agradezco el que me haya empujado a buscarla. He encontrado una muchacha

verdaderamente encantadora.

—No sabe cuánto me alegro.

El teléfono sonó en aquel preciso instante y Claude se precipitó hacia el aparato.

—¡Diga!

La simpática voz del millonario Heuter sonó al otro lado:

—Todo preparado, profesor.

—¡Estupendo y muchas gracias, Querido amigo!

—No se merecen. El cohete está dispuesto en la rampa para lanzarlo hacia el punto que usted me dijo, en cuanto me lo ordene.

—¿Y la astronave?

—Pasado mañana estará completamente terminada.

—Da gusto trabajar con usted, amigo Heuter; es usted un hombre de una actividad extraordinaria.

—No exagere, profesor; todo cuanto hago me parece poco. No puede usted imaginarse mi alegría de poder colaborar a su lado.

—El honrado soy yo, se lo aseguro; bueno, creo que dentro de diez minutos se puede proceder al lanzamiento del cohete. Nosotros, mi ayudante y yo, le seguiremos con el telescopio. Luego, mañana por la mañana, iré a verle y darle información de cuanto hayamos observado.

—Perfectamente. ¿Quiere concertar la hora conmigo, profesor?

—Sí, es verdad. En mi reloj son las veintitrés, diez minutos y… medio exactamente.

—Ya está. ¿Qué le parece si lo lanzamos a las veinticinco?

—Me parece muy bien. Hasta mañana, amigo mío, y gracias por todo.

—Adiós, profesor, y, como siempre, encantado de poder servirle.

Colgó Forrester el aparato y con una sonrisa de triunfo:

—¡Todo marcha a las mil maravillas, Jimmy!

—¿Contento?

—Por mi parte, sí; pero, cuando pienso que toda nuestra civilización, que todos los esfuerzos del hombre van a perderse en la nada…

—No lo crea. Nosotros seremos los puntales de la nueva humanidad que acabará poblando Marte. Los nuevos hombres: sus hijos y los míos, tendrán la ventaja de estar mucho más preparados que los primeros hombres que poblaron la Tierra. ¡Será,

ciertamente, una hermosa experiencia!

—Es posible que así sea.

—Vamos a preparar las cámaras cinematográficas. Seguiremos la marcha del cohete interplanetario y veremos si el abismo sigue en el sitio que le descubrimos cuando pasó el
MS-1958.
Éste es un dato importante.

—Ahora mismo, profesor.

Las cámaras cinematográficas fueron acopladas a los potentes objetivos y los minutos fueron transcurriendo hasta que Forrester, con la mirada fija en su reloj cronómetro, dijo con voz tildada de emoción:

—¡Ahora!

Tuvieron que esperar unos instantes más para ver el cohete que se alejaba velozmente hacia la negrura imponente del espacio.

—¡Ahí va! —exclamó Jimmy.

—¡Ponga las cámaras en marcha, Leverson!

El zumbido de los aparatos, cinematográficos se dejó oír. A partir de aquel instante y gracias al movimiento de relojería de que estaba provisto el observatorio, desde el telescopio a la cúpula, todo se movía —las nueve toneladas de peso de los aparatos, de la plataforma y los hombres sobre ella situados— evitando que la rotación de la Tierra perjudicase la observación.

Cuando el cohete pareció desaparecer en la negrura, los dispositivos de radar entraron en función y las cámaras de cine dejaron de rodar automáticamente.

A partir de aquel instante, el cohete no era ya visible más que a través de las pantallas de radar, en las que aparecía como un punto plateado, cuyo brillo se trasladaba lentamente a través del cuadrante graduado.

Mientras su ayudante seguía pendiente de la pantalla, Forrester realizaba veloces cálculos y a base de la conocida velocidad del cohete iba estudiando su trayectoria para obtener el tiempo exacto que tardaría en llegar al punto de la elíptica que deseaban investigar.

Durante todo aquel tiempo, guardaron un completo silencio.

Luego, cuando faltaban pocos minutos para que el cohete llegase a su destino, Forrester tomó nuevamente asiento ante su pantalla.

—Preparados, Jimmy; pongamos las cámaras en marcha y que tomen todo lo que acontezca sobre las pantallas.

De nuevo se oyó el murmullo de los mecanismos de los aparatos de cine y sólo aquel sonido rompió el profundo silencio que guardaban los dos hombres. Jimmy, por su parte, deseaba ardientemente que aquel foso que se había abierto ante el paso de la Tierra hubiese desaparecido.

Aunque deseaba ir con Vera a donde fuese, hubiese preferido que nada aconteciese a la humanidad y que el peligro desapareciese por completo. Amaba extraordinariamente a la muchacha, pero le daba un cierto temor aquella vida sobre Marte, donde, a pesar de todo, la soledad llegaría a jugar un papel importante en las vidas de los únicos cuatro seres humanos que habitarían el planeta rojo.

Las ideas de Forrester eran muy distintas. La seguridad absoluta de que el mundo iba a precipitarse hacia un abismo sin fin le complacía extraordinariamente y lo deseaba con toda la fuerza de su maléfico egoísmo.

Desde muy joven había sentido, por muchos motivos, un desprecio creciente hacia aquella humanidad estúpida que, a la manera de las hormigas, trabajaban en minúsculas e intrascendentes labores, sin vigilar el paso del hombre que las podía aplastar en cualquiera de los momentos.

Como en aquellos instantes.

Porque, el abismo que había surgido en el espacio cortando el camino que la tierra recorre alrededor del sol —la elíptica— era para Forrester como el pie del vagabundo que, sin darse cuenta, pisotea un hormiguero que hasta aquel momento no había concebido la existencia de tan tremendo poder destructor.

Un destino cósmico; eso era, para Forrester, el tremendo castigo que se cernía sobre la estúpida y despreciable humanidad.

El punto brillante sobre la pantalla del radar desapareció tan rápidamente que los dos astrónomos tardaron bastante en reaccionar.

Fue Forrester el primero, que con un grito de salvaje alegría, exclamó:

—¡No nos hemos equivocado! ¡El abismo sigue ahí!

Sin poderlo evitar, Jimmy se estremeció porque acababa de comprender la clase de sentimientos que ocupaban la mente del

profesor. Aquel tono de indiscutible alegría que acentuaba las palabras de su superior demostraban algo capaz de erizar los cabellos a cualquiera.

El gozo de Forrester era desbordante.

—¡Vamos a descansar, Jimmy! ¡Nos lo merecemos!

* * *

Alex Bristol, el detective particular que Forrester había contratado, fue a buscarle al observatorio a la mañana siguiente.

El profesor le esperaba con impaciencia.

Una vez acomodado en el coche de Bristol y cuando se alejaron de Monte Wilson, Claude se volvió hacía su acompañante:

—¿Buenas noticias?

—Usted mismo lo juzgará. Le he logrado una entrevista con ese granuja. Pero aún no me explico el porqué de esta gestión; se lo aseguro.

Forrester sonrió:

—No se preocupe. Se trata de una difamación que deseo arreglar personalmente.

—¿Lleva mucho dinero encima, profesor?

—¿Por qué me pregunta eso?

—Porque conozco a Dan Michelson y estoy seguro de que le sacará cuanto pueda.

Hubo un silencio; después, el detective, volviéndose, hacia el sabio:

—¿Por qué no me confía el asunto plenamente, señor Forrester? Me da no sé qué el dejarle solo con ese sinvergüenza; usted no está acostumbrado a tratar con individuos de su calaña y tengo miedo de que le haga víctima de uno de sus chantajes.

—No lo tome así, Bristol; estoy seguro que el «señor». Michelson y yo no entenderemos; pero, si ocurriese algo o intentase una estafa, se lo comunicaría a usted inmediatamente, poniéndole en antecedentes de este desagradable asunto; pierda cuidado.

—Le agradezco mucho esa confianza, profesor.

Francamente, no estaré tranquilo hasta que le vea salir del hotel donde se hospeda Dan.

—No hay por qué preocuparse. Usted me esperará en un bar

cercano y ya le contaré lo que haya ocurrido.

No se dijeron ya nada más durante el resto del camino.

Bristol le daba vueltas incesantemente a aquel asunto, intentando vanamente ver algo claro en ello. Desde que Forrester le había hablado de Dan, había sometido a su cerebro a un trabajo intenso, con el deseo de encontrar el punto de unión que podía haber aproximado a dos personas tan esencialmente distintas.

Pero era inútil romperse la cabeza.

Se detuvo ante un bar, a menos de cien yardas de la entrada del hotel.

—Ya hemos llegado, profesor.

Y una vez fuera del coche:

—¿Quiere una pistola?

Claude sonrió divertido:

—¿Una pistola? ¡No sabría qué hacer con ella, mi buen Bristol! No, vuelvo a decirle que no ha de preocuparse por mí; creo que conozco la manera de parar los pies a ese granuja. En, todo caso, repito, si le necesitase, le explicaría todo y le dejaría actuar libremente.

Bristol suspiró profundamente:

—Espero que no sea necesario.

—Yo también. Hasta ahora.

Forrester se alejó y penetró decididamente en el «*hall*» del hotel.

En realidad, no sabía cómo se desarrollaría aquella extraordinaria entrevista, ni tenía la menor idea de cómo acabaría; pero, por encima de todo, había preferido hablar directa y personalmente con el «gángster», ya que no deseaba que Bristol conociese, en modo alguno, lo que la estúpida Clara había hecho conocer al bandido.

Sonrió cínicamente al recordar lo fácil que había sido eliminar a aquella despreciable charlatana, cuyo cuerpo reposaba en el jardín del observatorio.

Gracias a no tener familia y a la clase de trabajo que realizaba, no saliendo más que una vez cada quince días y hospedándose durante su permiso en un hotel donde apenas la conocían, su muerte no había despertado sospecha alguna por el momento.

Y cuando llegase el instante en que la policía se interesase por aquella misteriosa desaparición… ya sería demasiado tarde para

todos los policías del mundo.

Se acercó al conserje:

—¿El señor Michelson?

—Le está esperando en su habitación, señor.

Llamó a un «groom» que acompañó a Forrester hasta el ascensor.

Minutos más tarde, Claude se hallaba ante el granuja más granuja de todos los granujas de Los Ángeles (como había dicho Bristol).

—Pase, pase, profesor, y tenga la amabilidad de tomar asiento.

Dan sirvió de beber, ofreciendo luego un habano a su huésped. Después, el silencio cayó sobre ambos, porque en aquel momento estaban midiéndose, como dos enemigos que se disponían a luchar sin piedad y sin cuartel.

Fue Dan quien inició la conversación:

—Desde que Bristol me comunicó su deseo, profesor, me estoy preguntando cómo ha reparado usted en mí indigna persona.

Forrester sonrió; luego, ante la sorpresa del otro, se levantó y recorrió las habitaciones de Dan una a una:

—Deseaba convencerme de que estábamos solos.

—Lo estamos, profesor; completamente solos.

—Está bien. Fue Clara Stiweer quien me habló de usted.

—¿La encantadora prometida de *Tory*? El pobre está tremendamente triste desde que la joven ha desaparecido. Porque usted sabrá que ha desaparecido misteriosamente, ¿verdad, profesor?

Claude no respondió a aquella pregunta, hecha tan directamente.

Con la misma sonrisa cínica, Dan prosiguió:

—Era una joven encantadora; pero, de la misma manera que le ha ocurrido a usted, la encontré demasiado habladora.

—¿Cómo sabe usted que yo la encontraba charlatana?

—¿La hubiese matado en caso contrario, profesor?

Forrester no parpadeó:

—Es usted muy listo, Michelson; no creía que su fama estuviese tan justificada.

—¡Bah! ¡Todo eso son exageraciones! Pienso como los demás y gracias a mi cerebro puedo seguir viviendo con cierta soltura… Usted y yo, profesor, aunque parezca una barbaridad decirlo,

somos… de la misma clase. Usted con las estrellas y yo con los hombres. ¿Otro «*whisky*»?

Bebieron de nuevo.

—Creo —dijo el sabio— que no debemos perder el tiempo. Usted, Michelson, sabe demasiado y solamente he venido a conocer el precio de su silencio y el de mi tranquilidad. ¿Ha contado a alguien lo que sabe?

—Sí.

Forrester palideció; fue a decir algo, pero el otro se lo impidió con un gesto.

—No me crea de la categoría de su secretaria, profesor. Y si le he dicho que otra persona conoce «nuestro» secreto es para, que no se le ocurra pensar que puede colocarme al lado de donde ha puesto el cuerpo de Clara.

Claude respiró tranquilo.

—Lo comprendo perfectamente. Vayamos ahora a lo del precio.

Dan le miró fijamente.

—Desearía primero hacerle una pregunta, profesor; pero, por lo que más quiera, dígame la verdad. Si, por desgracia para todos, usted me miente, no espere nada de mí… Tengo muchos amigos en la prensa: «emborrona cuartillas», medio muertos de hambre, que darían la mano derecha por una noticia sensacional.

Por primera vez, Forrester se percató de la categoría de enemigo que tenía frente a él.

—Le diré la verdad; palabra de honor.

—Le creo, profesor. ¿Qué hay de esa especie de abismo en el que caerá la Tierra?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Es cierto?

—Sí.

—¿Absolutamente cierto?

—Sí. Justamente, acabamos de hacer una nueva prueba.

—¿Cómo?

—Hemos lanzado un cohete hacia esa zona y, como ocurrió con el cometa que nos permitió descubrir ese fenómeno, el cohete se ha hundido al llegar a ese abismo.

—¿Luego es verdad? ¡La tierra va a desaparecer!

—Eso es.

—Y sólo se salvarán los que le acompañen a Marte.

—Así es.

—Francamente, profesor; creía que no se trataba más que de una «chaladura». ¡Es tan extraño!

Lanzó una sonora carcajada.

—¡Y fue Schneider quien me convenció de que era mentira!

—¿Quién es ese Schneider?

—No se preocupe por él, profesor; no nos causará, el menor daño. Otra pregunta, por favor.

—Venga.

—¿Puede construirse una astronave mucho mayor que la que debe tener usted preparada?

—No habría tiempo material.

—Comprendo. ¿Cuántas plazas tiene la suya?

—Cuatro.

—¿Sólo cuatro?

Miró intensamente al sabio.

—Además de usted, ¿quién va a ir que le interese personalmente?

—Mi esposa; pero contaba con mi ayudante y una mujer: su prometida.

Michelson movió la cabeza de un lado para otro.

—¡Quítese eso de la cabeza, profesor!

—¿Qué quiere usted decir?

—Que necesito dos de esos asientos. Ése es el precio de mi silencio, de mi colaboración y de «su» tranquilidad completa y absoluta.

—¿Dos asientos?

—Sí; uno para mí y otro para una amiga mía. ¿No deseaba usted una pareja? ¡Pues ya la tiene, profesor!

Forrester frunció el entrecejo; las ideas se precipitaron en su mente.

¿Jimmy?

¿Su prometida?

¿Dan?

¿Su amiga?

¡Qué le importaba que fuese uno u otro!

—De acuerdo; cuente con esos dos sitios, Michelson.

CAPÍTULO VII


ucien Dumontier miraba la botella de «*whisky*» que Schneider tenía entre las manos.

Lucien se pasaba la lengua por los resecos labios y se acariciaba la barba sucia y descuidada de más de una semana que impedía, al menos, que la gente viese la palidez enfermiza de su rostro.

—¿Es… para mí? —se atrevió a preguntar sin separar su ansiosa mirada de la botella.

—Sí. Ésta y todas las que quieras.

—¿De verdad?

Se encogió de hombros, como si estuviese acostumbrado a que le hiciesen víctima de aquellas pesadas e intolerables bromas; luego, percatándose de que su interlocutor hablaba seriamente:

—¿A quién tengo que matar?

Porque aquélla no era la primera vez que había vendido su conciencia por una botella de alcohol; técnico químico, además de ingeniero, Dumontier había fabricado venenos a todo aquel que le

había entregado «*whisky*» para no pensar en nada durante un par de semanas.

—No tienes que matar a nadie.

—¿Entonces?

—Quiero que me construyas una astronave que pueda salir de la Tierra.

Lucien miró con asombro al hombre que tenía ante él; luego, con un tono de extrañeza:

—¿Una astronave? ¿Sabe usted lo que está diciendo?

—Sí.

—¿Y por qué se ha dirigido a mí?

—¿No fuiste tú quien realizó el aparato que fue a la luna el invierno pasado?

—Sí.

—Pues quiero que construyas otro más grande que aquél; mucho más grande y capaz para trescientos pasajeros.

Lucien sonrió.

—Está usted completamente loco.

—¿Por qué?

—Porque lo que usted desea no podría ser llevado jamás a la práctica. Una astronave de ese tamaño no conseguiría llegar ni a los trescientos kilómetros de altura.

—¿Por qué?

—Porque para arrastrar un peso semejante se necesitaría un depósito de carburante que llegase desde aquí a Hollywood.

—Perfectamente.

Hubo un gesto de desesperación en Lucien:

—¡Me voy! Ya se ha dado cuenta de que lo que deseaba es un sueño. No me deja echar un trago, ¿verdad? —Se encogió de hombros—. ¡Tengo una maldita suerte, eso es todo!

Se puso en pie y sin dejar de mirar a la botella se dirigió hacia la puerta.

—¡Ven aquí! —ordenó Schneider.

Y destapó la botella para dar más fuerza a sus palabras.

Lucien se bebió el primer vaso sin respirar, chasqueando después sonoramente la lengua.

—¡Muchas gracias! —balbució.

Pero el otro, sin dejar que se retirase de la mesa, lo cogió por la

manga y le obligó a sentarse nuevamente:

—¡Espera, imbécil! Beberás hasta que te caigas muerto, eso a mí no me importa; tendrás tanto dinero que podrás comprar mil cajas de «*whisky*», si se te antoja…

—¿Es posible?

—Sí, Pero será cuando hayas terminado de construir la astronave.

—¿Dónde quiere que vaya ese aparato?

—A Marte.

Lucien soltó una risotada formidable:

—¡Pero si acabo de decirle que no conseguirá salir de la Tierra!

—A mí eso me es completamente igual, porque has de saber que yo no iré en ella. Trescientos estúpidos serán los pasajeros de ese aparato, y si, como dices, van romperse el alma en el espacio… ¡mejor que mejor!

Guardaron silencio y Lucien, al ver la botella libre, se sirvió un vaso, sin permiso alguno; luego, con voz ronca:

—Está usted soñando, señor… ¿Sabe la cantidad de dinero que se necesita para construir una astronave como ésa?

—¿Cuánto?

—Diez millones de dólares.

Schneider lanzó un silbido; en realidad no había pensado que costase tan cara. Pero, recordando la categoría de sus «clientes», sonrió:

—Tendrás los diez millones; pero deseo que esté terminada antes de quince días.

Dumontier iba a decirle que estaba completamente loco, pero una idea luminosa acababa de atravesar su mente:

—¡De acuerdo!

—¿Lo harás?

—Sí. Necesito un local amplio, doscientos hombres, cuyas especialidades le anotaré, y material en cantidad y calidad que le haré saber.

—¿Cuándo vas a empezar?

—Mañana.

—Perfectamente. Desde ahora no te separarás de mí y beberás con prudencia.

Lucien asintió con la cabeza: luego:

—¿Cuánto gano yo en todo esto?

—Tú mismo puedes decirlo. ¿Te parece bien medio millón?

—Estupendo.

Fue a coger la botella y finalmente, tomándola entre sus dedos temblorosos, la estrelló contra la pared.

—¡Un constructor de astronaves —dijo— no debe beber hasta que haya terminado su trabajo!

Y soltó una nueva y estridente carcajada.

* * *

—¿Qué demonios te ocurre, *Tory*?

El elegante se volvió hacia Dan y se encogió de hombros; luego volvió a arrellanarse en el asiento del coche que Michelson conducía velozmente hacia las afueras de Los Ángeles.

—¿Es que no quieres contestarme, *Tory*?

—¡Si no me pasa nada, patrón, se lo aseguro!

—¡A otro perro con ese hueso! O me dices lo que te pasa, o te mando al infierno. Ya sabes que me interesa conocer lo que les ocurre a mis hombres. Si sé lo que les pasa por la calabaza, estoy siempre más tranquilo.

—Es por la chica, patrón.

—¿Por aquella del observatorio?

—Sí.

—¿Tan fuerte te picó la mosca?

—No es eso, jefe; pero me extraña mucho que no haya vuelto a telefonearme…

—¡Basta! Ya te dije que el viejo profesor la había puesto de patitas en la calle y que le pagó el viaje hasta Nueva York.

—Está bien, jefe.

Hubo un corto silencio; luego *Tory*, con voz emocionada, adujo:

—¿Es verdad que el mundo va a acabarse, jefe?

—No habrás dicho nada de eso a nadie, ¿verdad?

—No he dicho nada.

—Perfectamente —lanzó una risotada—. ¡Acabarse el mundo! ¿Es que te has vuelto «mochales», amigo mío?

—Clara estaba convencida de ello.

—Ha sido una locura del profesor, que nosotros vamos a

aprovechar hasta la última gota.

Tory Leeman no dijo nada, pero recordó el rostro angustiado de la muchacha cuando le hizo partícipe del tremendo descubrimiento del profesor Forrester.

Miró a Dan de reojo.

Estaba cada vez más seguro de que su jefe le estaba engañando y que quería dejarle en la Tierra, mientras él huía con Vera salvándose de la catástrofe.

Se mordió los labios.

El coche se detuvo, bruscamente, al volver el recodo de la carretera, junto a un hangar enorme ante cuya puerta hacían guardia dos hombres.

Dan les saludó con la mano.

—¿Qué hay muchachos?

Tory reconoció a dos de los pistoleros de la banda, con los que no había tenido mucha relación. Los saludó igualmente.

Dejando el vehículo a la puerta y seguido por *Tory*, Michelson penetró en el hangar donde un verdadero ejército de obreros trabajaban activamente alrededor de una especie de tremendo cigarro puro de color plateado.

Otro pistolero, que se paseaba por allí en mangas de camisa, corrió al ver llegar a su jefe.

—Están en el despacho, patrón.

—Gracias, Joe; hacia allí vamos.

Penetraron por una minúscula puerta, que jugaba un papel ridículo enclavada en la monumental pared de madera del hangar; parecía —y ésa fue la idea que le dio a *Tory*— una ratonera.

En el interior de un pequeño despacho, dos hombres discutían acaloradamente.

Eran Lucien y Schneider.

La conversación de ambos hombres versaba sobre definiciones técnicas y expresiones científicas, que nada significaban para el «gángster» que les escuchaba.

—¡Saludos, amigos! —soltó Dan desde el umbral.

Los otros dos dejaron de discutir y se volvieron hacia los recién llegados; fue Schneider quien se acercó primero, murmurando:

—¡Bien venido, Dan! ¿Quién es éste?

—Uno de mis hombres; el mejor y de más confianza.

—¡Ninguno de ellos es manco!

—¿Por qué lo dices?

—Porque estamos vigilados mejor que si los del FBI estuviesen fuera… Son unas fieras tus «boys», Michelson.

—Les pago bien; eso es todo. ¿Cómo van las cosas?

—¿Has visto la astronave?

—Sí; le he echado una ojeada.

—Estará terminada dentro de tres días.

—Eso está muy bien. ¿Y los clientes?

—¡Por docenas! Desde la semana pasada han desfilado por aquí lo mejor y más famoso de Hollywood. Puedes estar seguro de que guardarán el secreto. Una de las cosas que les he dicho ha sido ésta: «¿Recuerdan ustedes una película titulada "Cuando los mundos chocan"? ¡Y todos me han entendido!».

—¿Por qué? No lo entiendo.

—En esa película, ya bastante vieja, había una astronave hacia la que se dirigían todos los de la Base como desesperados: hubo tiros y todo lo demás.

—Comprendo; ellos saben que si se van de la lengua, habrá tiros aquí y, en el peor de los casos, nadie conseguiría escapar.

—He tenido que disimular bastante, no lo creas. Porque, cuando hablo de ese final del mundo, me entran unas ganas de reír que no puedo con ellas.

—¡PUES YO SI QUE LO CREO!

Se volvieron hacia donde acababa de surgir aquella voz.

Era Lucien quien la había lanzado.

Schneider lanzó una risotada.

—¡Tú eres un borracho indecente que desde que no bebes tienes alucinaciones! ¡Cuenta, cuenta a mis amigos lo que te pasó anoche!

—¡Cállese, Schneider, por piedad! —gritó el desgraciado.

Pero el «asegurador» seguía riéndose de la mejor manera del mundo.

—¡Anoche, en pleno ataque de «*delirium tremens*», estaba comiéndose todas las arañas que le hacía ver su calenturienta imaginación!

—¡Cállese! ¡Cállese!

Tory sintió lástima.

—¡Déjele tranquilo, señor Schneider! ¡Es un pobre desgraciado!

Pero Lucien, que había retrocedido hasta el fondo del despacho, extendió la mano señalando a los tres hombres.

—¡Ya veréis! El profesor Forrester es una autoridad que no puede equivocarse… ¡Y cuando estalléis en el aire con esta astronave, que no conseguirá ni subir a cien metros de altura, os daréis cuenta, en el último momento, de que el profesor es el único que logra escapar! ¡Porque él tendrá algún aparato preparado y será quien consiga llegar a Marte!

—No le hagáis caso —dijo el alemán—. Está completamente loco.

Se volvió a Lucien.

—¡Bébete un buen vaso de «*whisky*» ahora mismo! —Y dirigiéndose a los otros añadió—: Es la única cosa que logra calmarlo; no puede vivir sin alcohol. Vamos fuera.

Salieron y echaron una ojeada a la astronave.

—Desde luego, ese granuja tiene toda la razón del mundo —dijo el germano— esta astronave no llegará muy lejos; pero, por fortuna, hará desaparecer a los que podían reclamarnos muchas cosas.

Señaló el aparato.

—Lucien se tiraba de los pelos cuando le obligué a forrarla con aluminio procedente de la chatarra de un cementerio de automóviles. Pero, aunque no lo creas, llevo ya gastados cerca de trescientos mil dólares.

—¿Trescientos mil dólares y está casi completamente acabada? —exclamó Dan—. ¡Debe de estar hecha con cartón de piedra!

Schneider bajó la voz.

—Escuchad; en realidad, está hecha con material muy malo y casi la totalidad de los aparatos que se ven por todas partes… son falsos; pero decídmelo bien: ¿para qué quería yo construir una astronave QUE NO VA A VOLAR JAMÁS?

—¿Eh?

—Sí; venid conmigo y veréis algo bueno de verdad.

Pasaron a una barraca situada en la parte posterior del hangar y se quedaron con la boca abierta al contemplar varias máquinas de proyección.

—¿Qué es eso?

—Lo que me ha costado cien mil dólares. Nueve proyectores de cine. ¿Habéis estado en «Disneylandia»?[2].

—Sí.

—Recordaréis entonces que al subir a aquel cohete interplanetario tenéis la sensación de que voláis fuera de la Tierra. A través de las numerosas ventanas, veis pasar la luna, las estrellas y alejarse nuestro planeta. En realidad, los «ojos de buey» de la astronave del País de la Fantasía no son más que una serie de pantallas sobre las que se proyectan las imágenes sincronizadas de una serie de películas de dibujos. Algo así como las «transparencias» que se colocan detrás de las ventanillas de los falsos coches del cine, cuando se toman primeros planos.

—¡Es formidable! ¡Vales un millón!

—Por eso mismo; porque valgo un millón y porque lo necesito, me he ingeniado para que nuestros «viajeros» gocen del viaje espacial que les ofrecemos.

—Pero… ¿y cuando se te acabe la película?

—Ya he pensado en ello. Cuando eso ocurra… una tremenda catástrofe espacial ocurrirá a miles de kilómetros de la Tierra. Los desdichados ocupantes de la astronave, ya lejos de nuestro planeta…, morirán al explotar misteriosamente el aparato. Una avería en los turborreactores… ¿Quién sabe?

—¡Pero si los tripulantes no se habrán movido de este hangar!

—¿Y Ellos qué Sabrán? Cuando la Tremenda y Lamentable Catástrofe se Produzca, Ellos Creerán Hallarse muy Lejos del Planeta que, Por Otra Parte, Debe Haber Perecido en ese Abismo que Predijo el Profesor Forrester.

CAPÍTULO VIII



quel día, la víspera de la fecha que iba a preceder al FIN DEL MUNDO; el célebre día «D» del profesor Forrester pues para muchas, personas, un día extraordinario, una fecha de sorpresas, sobresaltos y alegría. Uno de esos días —de los pocos que pueden citarse a lo largo de la Historia — en que la verdad resplandece.

El mundo iba a morir; la pobre Tierra, este viejo planeta que lleva aguantando nuestra presencia desde hace millones de años, iba a desaparecer a un abismo, demostrándose plenamente el descubrimiento de Claude Forrester, quien había predicho que LA ELÍPTICA SE TERMINABA.

Era el último acto.

Dejemos que se levante el telón.

* * *

Jimmy acarició dulcemente los cabellos de la hermosa Vera.

—Ha llegado el momento, amor mío.

—Ya lo sé.

—Dentro de pocas horas volaremos lejos de este mundo que, a pesar de todos sigue pareciéndome fundamentalmente hermoso.

—Junto a ti, cualquier mundo, por hostil que sea, me parecerá maravilloso.

Él sonrió y después de besarla, contestó:

—No tardarás mucho, ¿verdad, querida?

—No. He preparado el equipaje esta mañana; pero creo, por si me siguiesen, que debes esperarme allá.

—¿En el hangar?

—Sí.

Le había explicado todo, jugándose su felicidad con sencillez y valentía. Y lo había hecho no solamente porque le amaba sinceramente, sino porque deseaba, al alejarse de la Tierra, volver a ser la Vera en la que desde pequeña había soñado.

Por fortuna, el amor que Jimmy sentía por ella era tan intenso como recíproco y comprendió perfectamente todo lo que debía haber sufrido aquella encantadora muchacha.

Lo comprendió todo…

Desde aquel momento, él se percató de que Vera se transformaba por completo y que se convertía en algo que coincidía perfectamente con el ideal que él se había forjado cuando, siguiendo las instrucciones de Forrester, se preguntó qué clase de mujer podía convenirle.

Pero de la misma manera que en el «*hall*», al entrar en el hotel, no se había percatado de la presencia de *Tory*, tampoco se dio cuenta del apenas perceptible movimiento de las cortinas del salón, TRAS DE LAS QUE SE OCULTABA EL «ELEGANTE».

* * *

Lucien sollozaba con la cabeza apoyada en la mesa del despacho. Inquieto, lanzándole miradas asesinas, Schneider mordisqueaba un cigarro habano con fruición.

Se detuvo en el centro de la estancia y, volviéndose al otro, tronó:

—¿Has acabado ya, idiota?

En el silencio que se hizo seguidamente, sólo los sollozos del ingeniero se oían.

—¡Cállate! —gritó exasperado el germano.

Sólo entonces levantó la cabeza Dumontier.

—¿Por qué no me hace caso, señor Schneider?

—¡Porque eres tan borracho como embustero!

—¡Créame, por favor! Si un hombre como el profesor Forrester dice que el mundo terminará mañana, puede estar seguro de que es verdad…

—¡Idioteces! Voy a encerrarte aquí para que no asustes a los viajeros, que no tardarán en llegar. ¡Estropearías el asunto y te mataría cortándote a trozos!

Se dirigió hacia la puerta.

—¿Por qué no me cree, señor?

—¡Ya te lo he dicho!

—Hace usted mal…

Su mirada brilló extrañamente al replicar:

—Si «su» amigo Dan no estuviese seguro de que va a ocurrir lo que Forrester ha anunciado… ¿cree que no estaría aquí para comprobar lo que se ha ganado en este asunto?

—¿Qué quieres insinuar, víbora? Michelson me está esperando en su hotel. Nos marcharemos juntos a América del Sur.

Lucien dejó oír, una risita breve.

—¡Permítame una cosa, señor! Si le demostrase Que Dan le ha traicionado y que está en camino de la astronave que ha de salvarle…, ¿me llevaría con usted?

Schneider permaneció en silencio durante unos minutos. Luego dijo:

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Que te arrepentirás de haber nacido si me engañas.

—No hace falta que salgamos de aquí para probarlo, al menos en principio…

—¿Qué quieres decir?

—Que no tiene más que telefonear a «su» amigo…

Todavía no convencido, Schneider se acercó al aparato telefónico y marcó el número del hotel de Los Ángeles donde

habitaba Dan.

La voz cascada y monótona del conserje le reveló la verdad:

—El señor Michelson ha salido, señor; se llevó todo el equipaje, así como el de la señorita Vera.

—Pero… ¿se fue definitivamente?

—Sí. Abonó las cuentas del hotel y se despidió, de todos nosotros.

—Gracias.

Colgó y permaneció un instante pensativo.

No cabía la menor duda de que Dan debía perseguir un objetivo importante, para no haber pasado por allí para repartirse el dinero con él.

Y CUANDO DAN MICHELSON DESPRECIABA EL REPARTO DE CERCA DE TRES MILLONES DE DÓLARES ERA PORQUE AQUELLA RATA DE LUCIEN TENÍA TODA LA RAZÓN.

—¿Tienes idea de dónde han podido ir?

El ingeniero sonrió victorioso.

—Sí, lo sé —contestó.

—¡Dímelo!

—No.

Los fuertes puños del germano se cerraron, tomando la forma aproximada de dos mazas tremendas; pero lanzó después un suspiro y con una voz de hombre vencido, objetó.

—Quieres venir conmigo, ¿no?

—Eso es.

—Pues…, vamos.

Salieron del despacho, encontrándose con Joe, el jefe de los pistoleros y que Dan había colocado allí.

* * *

Estaba satisfecho, plenamente satisfecho de su hallazgo.

—Coge —le dijo él—, sobre todo, ropa de invierno. Aunque llevamos trajes espaciales dotados de auto calefacción, la temperatura sobre Marte no debe ser muy alta.

—Ya lo he hecho, querido.

—También llevamos alimentos, armas, utensilios y aparatos que pueden sernos de mucha utilidad.

Ella puso su índice sobre los labios de Jimmy.

—No me digas más…, amor mío. Todo, absolutamente todo en este viaje, me parece como uno de esos fantásticos cuentos que leía cuando niña, en mi casa de Arkansas, viendo los coches pasar por la lejana carretera.

—Pero esto es una realidad, Vera.

Ella le besó y levantándose, adujo:

—Debo irme, Jimmy; espérame allá.

—No tardes.

—No.

Salió del hotel donde se veía con Jimmy; sobre todo desde que temía que la vigilasen, ya que había visto al repugnante *Tory* seguirla algunas tardes y estaba completamente convencida de que el «elegante» obraba por orden de Dan.

Hacía ya cerca de media semana que no había visto a Michelson y se imaginaba lo furioso que estaría, aunque, en realidad, era él quien había desaparecido del hotel.

«¡Si no hubiese vuelto aún…!», se dijo esperanzada, mientras un taxi la conducía al hotel.

Penetró velozmente en el «*hall*», sin despedir el taxi y sin saludar a nadie. Había guardado consigo la llave de su habitación y no tuvo, por tal motivo, que detenerse en conserjería, marchando directamente a los ascensores.

Tan atolondrada iba, que no se percató de que Dan, que estaba vigilando el vestíbulo desde el bar, la vio perfectamente y subió en el otro ascensor, que era precisamente el más rápido.

Vera abrió la puerta, encendió la luz del pequeño vestíbulo de su apartamento, abrió la puerta que daba al salón y…

—¡Buenas noches, preciosa!

Los ojos de Dan Michelson brillaban peligrosamente.

—¡Hola…, Dan!

Él señaló, con gesto displicente, las maletas amontonadas en un rincón de la estancia, inquiriendo:

—¿Cómo lo has adivinado, querida?

—¿Adivinado? ¿El qué?

Él, antes de contestar, sonrió.

—Que nos íbamos de viaje.

—Pero…

—Fui un estúpido hasta hace un poco. ¿Así que te has enamorado del ayudante de Forrester?

Era inútil negarlo.

—Sí. Me he enamorado de él.

Dan tornó a sonreír.

—¡Cuánto lo siento! PORQUE VAS A VENIRTE CONMIGO.

—¿Adónde quieres ir?

—A Marte. Tenemos las plazas reservadas en la astronave del profesor Forrester.

Ella se llevó la mano a la boca; pero, por fortuna, se dio cuenta de lo tremendamente peligroso que hubiese sido el decir lo que deseaba en aquellos instantes.

Se dio cuenta también de que el destino le obligaba a jugar un papel definitivo y sonrió, a su vez, asombrando, al granuja.

—Está bien, Dan; tú has ganado.

Él se levantó del asiento e intentó besarla; pero ella se desasió graciosamente.

—No, «querido», ahora no; tenemos prisa, ¿no es verdad?

—Sí. Voy a decir que bajen tus maletas.

—Perfectamente; déjame arreglarme un poco el pelo. Me has despeinado.

Penetró en su habitación, dirigiéndose hacia la coqueta ante la que se sentó y abriendo rápidamente uno de los cajones, sacó un revólver, guardándolo velozmente en el bolso.

—¿Vamos, preciosa? —invitó.

—¡Sí, enseguida!

Se levantó, tras echar una ojeada a su pálido rostro que el espejo reflejaba.

Salió después.

* * *

—Dan nos llama —dijo Lucien adelantándose—. Tenemos que ir a verle inmediatamente.

El otro les miró con desconfianza.

—Queréis iros con la pasta, ¿eh?

Lucien movió negativamente la cabeza.

—No seas tan desconfiado, Joe, y ven a ver una cosa que te

interesa.

Le llevó al despacho y abriendo la caja de caudales, le mostró el tremendo montón de billetes que se amontonaban allí.

—Aquí se queda el dinero y serás tú el responsable ante Dan.

Joe sonrió con perfecta felicidad.

—¡Estupendo! ¡Vaya golpe! ¿Qué debemos hacer los muchachos y yo?

—Es muy fácil. En cuanto los viajeros estén alojados en la astronave, ponéis el mecanismo en marcha… aquella palanca que te mostré, ¿recuerdas?

—Perfectamente. ¿Qué más?

—Nada más. Te vienes al despacho, te sientas ante la caja y te pones a beber, a fumar o a hacer lo que quieras… hasta que Dan venga con nosotros.

—De acuerdo.

—Eso es todo.

Se estrecharon la mano y Lucien, seguido mansamente por Schneider, tomó el coche de este último, apretando el acelerador cuanto pudo.

—¿Adónde vamos?

—A los talleres particulares de un tal Heuter. Es la única persona capaz de haber preparado una nave del espacio para nuestro amado profesor.

* * *

Forrester miró con arrobo la espléndida astronave.

—¡Perfecto! —exclamó frotándose las manos.

Su esposa se había sentado en el despacho junto al hangar y leía una revista de modas. Él la había engañado y dicho que iban a probar solamente aquel aparato, dando una vuelta por el espacio; por eso había rogado a Heuter que no dijese nada a la mujer.

—¿Le gusta de verdad, profesor?

Claude se volvió a Franz.

—¡Una obra maestra, amigo mío! Puede contar con el agradecimiento y la fama para toda la eternidad. Las generaciones futuras no olvidarán fácilmente este trabajo tan formidable.

—Todo está preparado para salir dentro de una hora, profesor.

—Ya lo sé.

—¿Y su ayudante? Creí que vendría con ustedes.

Forrester frunció el entrecejo; luego, con aire distraído, murmuró:

—No tardará en llegar.

—¿Es verdad que viaja con su prometida?

—Sí.

—¡Se podrían haber casado y que este viaje fuese su «luna de miel»!

—En cierto modo, lo será.

Apenas escuchaba al otro.

Todas sus preocupaciones giraban alrededor de lo que ocurriría cuando la novia de Jimmy y éste se encontrasen con Dan y su amiga. Pero, a pesar de todo, se vio obligado a obedecer al bandido que había hecho posible, con su silencio, aquella fantástica huida, doce horas antes de que la Tierra sucumbiese…

Se pasó disimuladamente la mano por la parte trasera de la chaqueta para sentir la sensación de contacto con el bulto que hacia la pistola que había cogido.

Tenía que estar prevenido ante cualquier eventualidad.

—Ahí está su ayudante —dijo Heuter en aquel momento.

En efecto, Jimmy avanzaba sonriente hacia ellos.

—Buenas tardes, profesor. ¡Hola, señor Heuter!

Se estrecharon la mano.

—¿Y su prometida, joven? —inquirió Franz con una sonrisa divertida en el rostro.

—No tardará en venir. Ya saben ustedes lo que son las mujeres.

Forrester lanzó una mirada a su cronómetro.

«¡Si la novia de Jimmy llegase ahora mismo —pensó—, saldríamos antes! Después de todo, poco me importaría dejar a Dan en Tierra…».

—¿Tardará mucho en llegar? —inquirió en voz alta.

—No, profesor; menos de diez minutos.

—Ahí debe de estar —intervino Heuter—. He oído abrir la puerta a alguien.

Dan y Vera acababan, de aparecer.

Avanzaron hacia la astronave y el «gángster», después de dirigir una mirada neutra a Heuter y Leverson, se dirigió al profesor:

—Ya estamos aquí, amigo.

—¡Vera! —gritó Jimmy.

De nada había valido el gesto que la muchacha le dirigió para que se callase.

El profesor se volvió hacia su ayudante:

—¿Conoce usted a esta mujer, Jimmy?

—¡Es mi prometida!

La risa glacial de Dan rompió el silencio que siguió a las palabras emocionadas de Leverson.

—¿Su prometida? ¡Vera es mi amiga, Forrester! La que va a acompañarnos. Ese idiota se ha hecho ilusiones. Y debemos darnos prisa, Forrester, antes que este viejo planeta se haga pedazos.

ANTES DE QUE ESTE VIEJO PLANETA SE HAGA PEDAZOS.

Heuter los miraba como si soñase, sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Qué ha querido decir este hombre, profesor?

Forrester se echó a reír nerviosamente.

—¡Nada, amigo mío! Una exclamación como otra cualquiera.

—¡Miente usted, profesor Forrester!

Ahora era Jimmy quien gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Miente usted! ¡Ha de saber, Heuter, que la Tierra va a desaparecer dentro de pocas horas y que le hemos estado engañando para que nos dejase su astronave con la que pensábamos huir del planeta moribundo! ¡Ésa es la verdad y Dios ha castigado nuestro tremendo egoísmo!

—¡No le haga caso, Heuter! ¡Este hombre se ha vuelto loco! ¡Son los celos! Dan le ha quitado la novia y eso le ha enloquecido…

Michelson se acercó a Franz y habiéndose dado cuenta de que todo aquello había sido provocado por su error:

—Crea al profesor, señor Heuter; él dice la verdad.

—¡No le haga caso, señor Heuter! ¡Jimmy es quien ha dicho la verdad! ¡La Tierra va a desaparecer dentro de doce horas e íbamos a huir cobardemente!

Heuter miraba a unos y otros, sin comprender absolutamente nada.

Fijó su mirada en el profesor:

—¡Dígame la verdad, Forrester! ¡Se lo exijo!

El sabio se sintió perdido; pero, recordando que iba armado,

sacó velozmente la pistola que empuñó con fuerza:

—¡Terminó toda esta comedia! ¡Es verdad, imbécil!

Dan sonrió complacido.

—¡Es usted formidable, Forrester!

—¡Llame a mi esposa, Michelson! Y ustedes, cuidado con lo que hacen. Al menor gesto…

Michelson volvió con la mujer del profesor que le miró con extrañeza:

—¡Sube al aparato y cállate! Después tendremos tiempo de explicarlo todo.

La mujer obedeció dócilmente.

—Vamos a salir enseguida —dijo Forrester—. Puede ir subiendo, Dan y la muchacha también.

—¡Yo no quiero ir contigo! —gritó Vera.

—¡No perdamos más tiempo! —amenazó Forrester.

Michelson cogió brutalmente por el brazo a la muchacha.

—¡Vamos estúpida!

—¡Un momento, señores! —clamó una voz en la puerta—. ¡Levanten todos las manos!

Lucien y Schneider acababan de surgir de la semioscuridad del pasillo. El ingeniero esgrimía una pistola ametralladora.

Dan se acercó a ellos:

—¿Qué significa es…?

No pudo terminar; el puño derecho del germano salió disparado, chocando brutalmente con el mentón de Michelson, que cayó al suelo, levantándose casi inmediatamente.

El alemán le miraba sonriente:

—¿Conque preparando la huida, eh?

—¿Qué te importa? ¿No has ganado todo lo que deseabas?

—¿Para qué quiero los dólares? ¡Allí se han quedado, junto a la otra astronave, la de mentira y con ella se convertirán en polvo!

Se volvió hacia el francés:

—He sido un estúpido en no creerte, Lucien. ¿Qué debemos hacer ahora?

Dumontier señaló con un gesto al profesor:

—Solamente él puede conducirnos hasta Marte. ¡Subamos!

Forrester sonrió triunfante.

Había dejado caer la pistola, pero ya no le importaba nada.

—Debemos darnos prisa, señores míos… Cuanto más lejos nos hallemos de la Tierra, más probabilidades tendremos de no ser absorbidos por la fuerza que la llevará al abismo.

Subió al aparato y desde la parte alta de la escalerilla, con una cínica sonrisa en los labios:

—¡Hasta la eternidad, amigos míos!

Antes de que nadie pudiese impedírselo, Heuter se lanzó gritando hacia la escalerilla.

—¡Yo he construido la astronave! ¡Quiero vivir! ¡Quiero ir con ustedes!

La metralleta saltó en las manos de Lucien y Franz, con el cuerpo lleno de plomo, cayó de bruces sobre los primeros escalones de la escalera.

—¡Vamos, Schneider! —rugió el francés.

Instantes, después, nada más cerradas las compuertas, un rugido previno a todos, que se separaron velozmente del aparato.

Por las toberas, las llamas surgían locamente.

Más tarde, apenas medio minuto, la astronave, rugiendo como un monstruo terrible, salía disparada de la rampa, haciéndose cada vez más pequeña en el espacio.

—¡Estamos perdidos! —rugió Dan.

—¡No lo sabes tú bien, granuja!

Se volvieron al unísono.

En la puerta, con una pistola en la mano, *Tory* Leeman mostraba sus dientes con una sonrisa helada en los labios.

* * *

Joe tiró la colilla al suelo, la pisó con la suela de su zapato y echando una mirada al reloj:

—Ha llegado la hora de empezar la función, muchachos.

Los otros cuatro le miraron sonriendo y uno de ellos, un verdadero coloso, dijo:

—Los jefes no han vuelto.

—No importa. Ese cacharro ya está lleno de viajeros y han pagado para algo.

—¿Es posible que no se den cuenta de que es un engaño?

—¿Y a nosotros qué nos importa? Ellos creerán que van de viaje

a la Luna o a donde sea y nosotros nos repartiremos el dinero. ¿Qué más quieres?

El gigante se encogió de hombros:

—¡Dan es un «as»! Pero, de todas formas, todo esto no me huele demasiado bien.

—¿Se puede saber por qué, Alen?

—Porque sí. ¿Has visto tú alguna vez que los jefes te confíen una cantidad tan fantástica de «pasta» como la que hay ahora en esa caja?

—No; nunca había ocurrido hasta ahora una cosa semejante.

—¿… lo encuentras natural?

—No; pero ¿adónde quieres ir con esas insinuaciones?

—¿Yo? ¡A ninguna parte! Sólo quiero poneros en guardia.

Joe le miró de mala manera.

—¿Y qué harías tú en mi puesto, «intelectual»?

—¿Que qué haría yo? Sencillo como dos y dos: me largaría con los «cuartos» y esperaría, sin tocarlos, a establecer contacto con Dan.

—¿Por qué no esperarle aquí?

—Muy sencillo; porque en cuanto acabe la función y esos señores y señoras salgan de la astronave, es casi seguro de que encuentren muy caro una película de una hora por la que han pagado cerca de cuatro millones de dólares.

Joe se rascó la barbilla.

—No está muy mal pensado, Alen.

Y después de unos instantes de silencio:

—Me parece que voy a seguir tu consejo; pondremos en marcha el aparato de Lucien y nos largaremos con la «pasta». No será difícil decir a Dan dónde puede encontrarnos.

—No te preocupes; ya se encargará él de hacerlo por la cuenta que le tiene.

—Voy a darle a la palanca; id recogiendo el dinero.

Salió del despacho, dirigiéndose hacia el lugar donde Lucien había dispuesto los mecanismos.

Abrió la puerta y…

Ni siquiera se atrevió a llevarse la mano a la sobaquera.

¡ALEX BRISTOL LE ESTABA APUNTANDO CON UNA PISTOLA!

El detective privado estaba sentado sobra una caja y le sonreía.

—¿Qué hay, Joe?

—¡Maldito polizonte!

—No te pongas furioso, muchacho, y date la vuelta; voy a quitarte peso.

Obedeció, el otro sin dejar de refunfuñar.

El golpe en la nuca le hizo desplomarse como un paquete inerme.

Bristol se dirigió después al despacho y sorprendió a los granujas contando el dinero:

—No os molestéis, muchachos; ya lo contaremos nosotros después.

—¿Qué significa, esto? —rugió Alen.

—Que habéis perdido la partida; nada más, grandullón.

EPÍLOGO



etras de *Tory* había entrado un grupo de policías.

El «elegante» sonreía divertido.

—Creí que te habías escapado, Dan.

Y señalando al cielo:

—Llegaste tarde, ¿verdad? —inquirió.

Michelson lanzó un incontenido rugido de rabia:

—Nos quedan menos de doce horas de vida. ¿Qué puede importarme lo que me diga un «chivato» como tú?

Uno de los policías se acercó a Dan y volviéndose a *Tory*:

—¿Lo esposo, inspector?

El «gángster» le miró con los ojos abiertos como platos.

—¿INSPECTOR?

Tory no dejaba de sonreír ante el asombro de su antiguo jefe.

—Sí, patrón; soy inspector, y créeme que me ha costado llegar a ponerte la mano encima; ahora no escaparás.

Dan se volvió a Jimmy.

—¡Fíjese qué mala suerte tiene este muchacho! Detenerme cuando todo va a terminar.

—No te preocupes, Dan —intervino *Tory*—. Aunque el mundo termine dentro de poco, tenemos tiempo suficiente para enviarte a la silla eléctrica antes.

—¡Cerdo!

—¡Llévenselo!

Y cuando la policía salió con Dan Michelson:

—Ustedes vengan conmigo. Tenemos mucho que hacer aún.

Vera le miraba con los ojos arrasados de lágrimas:

—¡Nunca lo hubiese adivinado, *Tory*! ¡Digo, inspector!

—No te preocupes, Vera. Llámame como siempre; nosotros no hemos dejado de ser amigos. Me costó mucho convertirme en el «elegante» que Dan necesitaba. No es mi carácter, te lo aseguro. Pero no tenía más remedio que meterme en la banda para poder cazarle más o menos tarde.

—¿Y Clara?

El rostro del inspector se ensombreció ante un hondo recuerdo.

—Mejor es que no hablemos de eso. Lo único que lamento es no haber llegado a tiempo para impedir que el profesor —su asesino— escapase. Pero hube de dar instrucciones a Bristol y ahora vamos a ver qué tal ha salido Alex Bristol de la misión que le encargué.

En el coche que les conducía hacia el hangar donde Lucien había creado la fantástica e inútil astronave, los dos jóvenes. —Vera y Jimmy— con las manos entrelazadas, guardaban silencio.

Tory, que conducía el vehículo, se volvió hacia ellos:

—¿Preocupados?

Y como no obtuviese respuesta alguna:

—Escuchen. Deben dejar de pensar en ése fin del mundo; si Forrester estaba en lo cierto, debemos seguir trabajando como si nada fuese a ocurrir. Después de todo —añadió con un extraño tono de voz—, ustedes pueden pasar juntos los últimos instantes; yo he tenido la desgracia de dejar de ver a la mujer que amaba.

—¿Y cómo no pudo ayudarla?

—Porque me equivoqué. Cuando Clara me contó lo que Forrester había descubierto, no debía haberla llevado ante Dan; pero, en aquellos momentos, estaba cegado por la idea de poder

meter a Michelson entre rejas y me había aprendido tan bien mi estúpido papel, que hice lo que un verdadero *Tory* Leeman hubiese hecho en mi puesto.

—¿No se llama entonces *Tory*?

—No… pero ¿qué importa eso ahora?

Guardaron silencio hasta detenerse ante el barracón que precedía al hangar.

Bristol corrió hacia ellos.

—¡Gracias a Dios, inspector! Creí que no llegarían nunca.

—¿Qué ha pasado?

—Tengo a todos esos pájaros bien, ataditos. Lo difícil ha sido contener a los artistas.

—¿A los artistas? —inquirió Vera con extrañeza.

Tory se volvió hacia ella.

—Ésa fue la gigantesca idea de Schneider, otro de los pillos que ha logrado escapar. Era el encargado de una Compañía de Seguros especiales que había creado. Convenció a los artistas de que el mundo se iba a terminar y les sacó una cifra fabulosa para garantizarles su huida al espacio cuando la Tierra se hundiese en el abismo descubierta por Forrester. Lo malo es que Schneider quería que este armatoste volase aquí mismo… pero hacia la eternidad.

Jimmy se adelantó:

—¿Podemos irnos, inspector?

—Sí.

—Vamos al observatorio. Desearía contemplar el final desde allí.

El policía se encogió de hombros.

—Vayan, vayan. Lástima que no puedan avisarme antes de que todo acabe.

Y en cuanto el coche se alejó, lanzó una carcajada.

—¿A qué viene esa risa, inspector?

—Porque Desde que me Enteré del Descubrimiento del Profesor, lo Comuniqué a Washington y el Monte Palomar, Entre Otros Observatorios, Comprobó que Forrester no se Había Equivocado…

—¿Entonces?

—Hace Cuarenta y Ocho Horas que el «Abismo», Que no era más que una Dilatación del Espacio. —Así la Llaman los Sabios—, ha Salido de la Elíptica, Dirigiéndose Directamente Hacia el Sol.

—Lo que quiere decir que no hay peligro alguno.

—No; no lo hay.

Rieron los dos, luego, *Tory*:

—Vamos a calmar a esos «ases» del séptimo arte. Deben de estar furiosos.

—Tienes razón; pero no creo que protesten demasiado cuando les digamos que vamos a devolverles la entrada…

* * *

El locutor carraspeó antes de dar la noticia:

—Esta mañana han sido descubiertos en plena selva brasileña los restos de una astronave que pilotada por el profesor Forrester intentaba alcanzar, por vez primera, el planeta Marte.

»Entre los restos carbonizados se ha encontrado también el que, sin duda alguna, debe ser el de su ilustre esposa, así como el de sus colaboradores, cuyos nombres se desconocen por el momento.

»Las autoridades brasileñas están realizando todas las gestiones para trasladar a los Estados Unidos los restos humanos de los científicos hallados en la selva. Es indudable, que se les tributarán los honores que merecen…

La voz se perdió entre las notas de una sintonía. El «inspector Tremadon». —*Tory* Leeman para nosotros— sonrió mientras encendía un cigarrillo; luego, con los ojos nublados por la emoción, tornó a recostarse y seguir la lectura del libro que Jimmy y Vera le acababan de enviar:

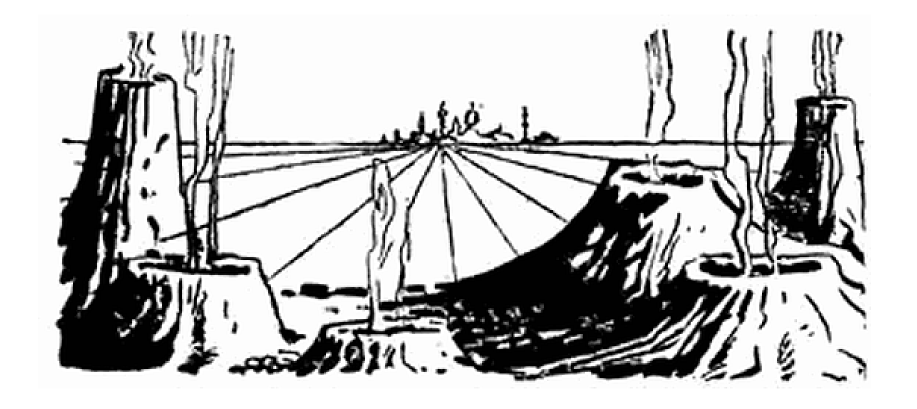
«LA GUERRA DE LOS MUNDOS», DE H. G. WELLS.



UN POLICÍA DE LA ERA ATÓMICA

UNA FICTION-STORY DE

LAW SPACE.



¡Cuidado, amigo criminal! Desconfía de los hombres de ciencia, de los policías demasiado «estudiosos» y de todos esos «tipos» que se pasan la vida con libros y aparatos. ¡Ten mucho ojo, camarada! Si los sabios siguen ayudando a la «poli» de esta manera, no tendremos más remedio que ir buscando una colocación cualquiera.

(Carta interceptada en el correo «secreto» de Sing-Sing).

CAPÍTULO I

Antes de doblar la esquina, cuando aflojaba la marcha del coche, el joven profesor W, S. Thomason experimentó una especie de rara intuición que parecía anticiparle que algo horrendo había ocurrido en su hogar.

No se extrañó, por ese motivo, al ver el coche de la policía detenido ante la verja de su casa, y mordiéndose los labios intentó imaginarse «lo menos», deseando que la cosa no tuviese mayor trascendencia.

Pero sabía que era una ilusión inútil.

Frenó, dejó las llaves puestas y saltó ágilmente abandonando sobre el asiento del coche —cosa extraña— la cartera donde llevaba los documentos que debía estudiar en aquel fin de semana y que había cogido del Laboratorio Atómico donde trabajaba.

El policía que estaba ante la puerta debió reconocerle, porque llevándose la mano a la gorra:

—Buenas tardes, profesor.

Thomason lo miró insistentemente a través de los gruesos cristales de sus gafas.

—¿Qué ha ocurrido?

El agente enrojeció intensamente; luego, balbuceando y lleno de confusión:

—Yo…, señor…

El joven profesor apretó el paso y sus zapatos sonaron, como de costumbre, sobre la fina arena del jardín.

Aquel sonido había llegado a serle tan familiar, tan íntimo, que lo asociaba con su felicidad, con su matrimonio y, sobre todo, con su hijo Charles, que, dentro de dos semanas, celebraría su tercer aniversario.

El sonido de sus zapatos sobre la arena calmó un tanto la excitación que le dominaba; era como si las cosas familiares frenasen el impulso de su miedo; un terror que, por mucho que hiciese, se iba apoderando de él.

Porque, a pesar de que hacía cuanto le era posible por mantenerse digno y tranquilo, el alocado latido de su corazón era ya como una huida hacia el pánico…

Ante la puerta había otro policía que se hizo respetuosamente a un lado, esquivando la mirada; luego, el vestíbulo, un pasillo pequeño y la amplia entrada al «*living*».

—¡Helen!

Ella, su joven y linda esposa, estaba sentada en una butaca y de pie, ante ella, un hombre con gabardina, cuyas solapas estaban absurdamente levantadas.

Aquel hombre tenía las manos profundamente hundidas en los amplios bolsillos de la gabardina.

Al grito de Thomason y mientras la mujer corría hacia su esposo, el hombre de la gabardina volvió el rostro hacia el recién llegado.

Era joven, con rostro aniñado y unos ojos azules inquietos y constantemente danzando bajo las cejas rubias.

—¿Qué ha ocurrido, cariño?

Ella no podía hablar, y los sollozos la sacudían de arriba abajo como si hubiese estado expuesta al paso de una viva corriente eléctrica.

El hombre de la gabardina se acercó lentamente.

—¿Es usted el profesor Thomason?

—Sí.

—Soy Simmons, inspector del

F. B. I.

SU HIJO CHARLES HA SIDO RAPTADO.

Thomason quedó sin habla, abrió la boca, con la indudable intención de, decir algo, pero no hizo más que eso: abrir la boca.

Helen seguía abrazada a él y sollozando.

Era difícil hablar.

¡CHARLES RAPTADO!

Poco a poco, como duele la herida de un cuchillo cuando retiran el arma y penetra el aire entre los labios entreabiertos de la carne, fue llegando hasta la conciencia del profesor la realidad de las

palabras que el policía acababa de decir.

Fue como un doloroso despertar; como si le costase salir del marasmo protector que le estaba diciendo que todo aquello no era más que una disparatada pesadilla.

Empujó dulcemente a su esposa hasta lograr sentarla en el sillón.

Luego, mirando a Simmons:

—¿Cuándo ha sido?

—Hace poco más de veinte minutos. Intentamos comunicarnos con usted en el Laboratorio, pero nos dijeron que ya había salido.

Y como leía en los ojos del pobre padre toda una serie de ansiosas interrogaciones, empezó a relatar con vez tensa:

—La niñera lo paseaba por el parque. Según nos ha dicho, alguien gritaba detrás de ella y se volvió, viendo a un hombre que se retorcía en el suelo como si fuese presa de un ataque epiléptico. El terror la sobrecogió como estaba en un lugar apartado, permaneció inmóvil, vuelta hacia el hombre que se retorcía en el suelo, sin saber lo que hacer. Luego, cuando el hombre se levantó, alejándose como un beodo, ella suspiró —repito sus palabras— y se volvió para seguir empujando el coche, dándose entonces cuenta de QUE EL NIÑO HABÍA DESAPARECIDO.

Suspiró profundamente.

—Eso es todo.

El dolor iba penetrando insidiosamente en el pecho de Thomason y llegó hasta un tal punto que no tuvo más remedio que emitir un desgarrador sollozo.

El inspector se adelantó:

—Por favor, profesor.

Thomason se secó la humedad que brotaba de sus ojos y tosió después, como si carraspeando desease aclararse o encontrar la voz.

—¿Qué se puede hacer, señor? —inquirió mirando al policía.

Simmons evitó la mirada directa del joven sabio.

—Esperar —dijo en voz baja.

—¿Esperar? ¿Esperar qué?

—Que digan lo que quieren.

—¿Quiénes?

—Ellos; los raptores. Deben ser ellos quienes digan por qué han robado al niño.

—¿Dinero?

—O información secreta. No olvide su profesión, profesor Thomason.

—¡Canallas!

—Ya sé lo que está pensando —dijo fríamente el del

F. B. I.

—. Está pensando que mejor hubiese sido que se hubieran dirigido directamente a usted. De haber sabido que le iban a robar a su hijito, USTED LES HUBIESE FACILITADO CUANTO DESEABAN CONOCER.

Thomason dio un salto.

—¿Cómo se atreve a suponer…?

El otro sonrió con cierta tristeza.

—No se altere, profesor. La naturaleza humana no es muy diferente entre un sabio y un mozo de los muelles. Un hijo es algo que, según como se mire, merece cualquier sacrificio, lo merece todo, ABSOLUTAMENTE TODO.

—¿Incluso la traición?

—Incluso la traición. ¿Por qué cree que se dedican a raptar pequeños? Porque están seguros de que no tropezarán jamás con un padre que les diga: «Hagan lo que quieran con el niño; no pienso darles un centavo».

—Eso es verdad.

—Claro que es verdad. Se ataca a lo más querido, a lo que no se puede soportar…

Helen dio un grito:

—¡Por favor! ¡Cállese!

El del

F. B. I.

se volvió apenas.

—Diga a su esposa que descanse un poco; tiene los nervios destrozados.

Y cuando el profesor regresó, después de acompañar a su mujer:

—Hay que esperar. Esperar que nos digan lo que desean. Solamente entonces. CUANDO CONOZCAMOS LA CATEGORÍA DE CANALLAS A LA QUE PERTENECEN, podremos actuar. ¡Ojalá no deseen documentos!

—¿Por qué dice eso?

—Porque; si se trata de espías, la cosa será peor. Antes, profesor Thomason, hasta los espías tenían algo de idealistas y de héroes;

eran hombres o mujeres valerosos y que podían contarse entre selectos patriotas; seres que despreciaban la vida en aras de algo grande…

Encendió un cigarrillo y tras echar un cono de humo azulado hacia el techo:

—Ahora, todo está cambiado y corrompido. Un espía es, la mayor parte de las veces, un desdichado o un malvado, abundando más los primeros. ¿Se imagina usted, profesor, que el hombre que ha robado su hijo esté amenazado de la misma manera?

—No le entiendo, inspector.

—Pues es bien sencillo: imagínese que el espía que ha raptado al pequeño Charles tiene una familia, una esposa como la suya y un niño como el que ha desaparecido hoy de aquí. Piense que él sabe que SI NO CUMPLE EL COMETIDO QUE LE HAN ORDENADO, SU HIJO Y SU ESPOSA PUEDEN DESAPARECER; una de esas desapariciones tan corrientes en la vida moderna. Ese pobre espía no tiene más alternativa: o su hijo o EL DE USTED:

Thomason bajó la cabeza. Parecía envejecer por momentos.

—Si le he hablado así —dijo el policía—, es para que se convenza de que no ganaría nada entregando documentos. Lo hiciese o no, NO VOLVERÍA A ENCONTRAR A SU HIJO; por eso debemos desear que no sean los raptores de Charles, «unos pobres espías».

CAPÍTULO II

Ely era una muchacha desgarbada y de indudable aspecto sucio. Llevaba un jersey negro, de cuello cerrado y al que las manchas, en muchas partes, daban un aspecto grisáceo indefinido.

El pelo corto, con muestra de no haberlo cuidado desde hacía algún tiempo y que le daba la apariencia de haber sufrido una enfermedad y haber sido «pelada» en una de esas casas gubernamentales que se ocupan de una manera harto precaria de combatir ciertas enfermedades más aparatosas que indignantes.

A pesar de su negligente personalidad, llevaba los labios perfectamente dibujados, con un color intenso y brillante y el rímel en sus ojos los hacía más grandes y hasta más interesantes.

El cigarrillo pendía de su boca.

Ante la única mesa que, con cuatro sillas, ornaba la cabaña, Peck y Robert jugaban a las cartas. Un aparato de radio, de esos de pilas, dejaba filtrar una música gangosa de «*jazz*».

El niño estaba al fondo, no lejos de la muchacha.

Le habían echado sobre un montón de mantas de colores vivos y el pequeño dormía profundamente. Los restos de un paquete de galletas y una lata abierta de leche condensada yacían junto a la silla que ocupaba Ely.

Los hombres jugaban silenciosamente, Interrumpiéndose solamente para escanciar el «*whisky*» de una botella que presidía la mesa.

Ely fumaba igualmente en silencio.

El fruncimiento de sus pintadas cejas demostraba palpablemente su irritación y las miradas que dirigía constantemente a los dos hombres no eran, ni mucho menos, de simpatía o agrado.

Permaneció así hasta que la colilla amenazó quemarle los labios;

la tiró entonces, pisoteándola rabiosamente con el alto tacón de sus zapatos rojos y se levantó, dirigiéndose hacia la mesa.

—Dadme un pitillo.

Los dos la miraron.

Peck era delgado y alto. De aspecto enfermizo, poseía dos pómulos que sobresalían de su rostro huesudo como dos exagerados promontorios sobre los que eran visibles algunos pelos que seguían ascendiendo hacia las sienes.

Llevaba un traje gris y se había deshecho el nudo de la corbata.

Su compañero, Robert, era más bien grueso y ancho de espaldas. Su amplia frente estaba perlada de sudor y se había quitado la chaqueta, quedándose en mangas de camisa. Formando dos círculos oscuros bajo sus axilas, el sudor había desteñido de azul la tela blanca.

—No nos queda ni un pitillo —dijo Peck.

Ella le miró irritada.

—¿Hasta cuándo vamos a estar aquí? ¿Te das cuenta de la tontería que has hecho?

El gordo sonrió forzadamente y deseando intervenir para evitar que la situación se agriase.

—¡Ten un poco de paciencia, Ely!

—¿Paciencia? ¿Para qué? ¡Robáis un niño y no sabéis lo que hacer con él! ¡No sé en qué estaba pensando cuando os seguí!

Peck dio un formidable puñetazo en la mesa.

—¡Basta!

Y después de un corto silencio:

—¿Crees acaso que no estoy yo harto de esperar aquí? ¡Y si supiese lo que hacer! Pero no tengo, en vosotros, más que dos idiotas; uno que no tiene nada en la cabeza y tú que no piensas más que en fumar como un carretero.

Ella se percató de que no adelantaría nada insistiendo y con voz melosa.

—No te enfades, Peck y hazme caso. ¿Por qué no llamas al señor Williams?

—¿A Williams?

Había sido el gordo quien inquirió de esa suerte y con el rostro iluminado por una alegría infantil.

—¿Has oído, Peck? ¡Ella tiene razón! El señor Williams es el

único que puede sacarnos de todo esto.

Peck se mordió los labios; no le desagradaba la idea, pero hubiese deseado que fuese a él a quien se le hubiese ocurrido.

Gruñó:

—¡Querrá quedarse con la mitad de los beneficios!

Ely se apresuró a decir:

—¿Y qué importa? Sin él no habría beneficios y sí muchos quebraderos de cabeza. ¿Quieres que vaya a buscarle?

Peck estaba encantado de aquel plan, pero debía seguir aparentando enfado.

—¿Y quién cuidara del mocoso? —inquirió con un gesto hacia el lugar donde dormía el niño.

—Yo —repuso Robert.

—Está bien. Ve a buscar a Williams y dile que no tarde mucho.

Ella se pasó la mano por los cabellos, alisándolos rápidamente.

—¿Me das un poco de dinero, Peck? Bebo coger el autobús y comprar, de paso, unos cigarrillos.

El enfermizo le entregó algunos dólares.

—No tardes y trae una botella de «*whisky*», una lata de leche y más galletas. No quiero que empiece a llorar.

* * *

El «señor». Williams entró en la cabaña seguido de Ely. Mientras ella dejaba los paquetes sobre la mesa, él, sin saludar a nadie, se acercó al montón de mantas y echó una detenida mirada al niño, que seguía dormido.

Luego, con un suspiro, se volvió hacia los tres granujas que le contemplaban con evidente respeto.

El «señor». Williams era un hombre de unos cincuenta años, pulcramente vestido y con aspecto de comerciante adinerado. Llevaba sortijas en los dedos y una piedra de valor en la corbata gris que había anudado con cuidado y estética. Podía considerarse como un hombre elegante.

—¿Dónde lo habéis cogido?

—En el parque.

—¿Sabéis de quién es?

—Sí; de un tipo que trabaja en el Instituto Atómico; se llama

Thomason.

El viejo emitió un silbido.

—¡En buena os habéis metido! ¡Robar el hijo de un sabio! A estas horas, el
F. B. I.
debe andar moviéndose como una serpiente.

Ninguno de los tres se atrevió a decir nada. Por su parte, Williams daba rienda, suelta a su espíritu comercial, calculando y tasando el «valor» de la «mercancía».

—Se pueden pedir cien mil —dijo al cabo de un buen rato de reflexión.

Los ojos de los granujas brillaron como ascuas.

El «señor». Williams sonrió y antes de que ninguno de ellos pudiese decir nada dijo:

—Cincuenta serán para mí.

Peck sintió que las mejillas se le encendían pero bajando la cabeza:

—De acuerdo, señor Williams.

—Hay que hacer las cosas con mucho cuidado y, desde luego, lo que podéis empezar a hacer es matar a este niño. No nos va a servir de nada.

Robert se estremeció:

—¿Matar al pequeño?

—¡Claro!… —Robert estaba blanco como la pared—, ¿cree usted, señor, que su padre pagará si no se lo devolvemos?

—El padre pagará; de eso no hay duda.

Se volvió hacia la muchacha:

—Tú, Ely, vas a ir a buscar unas cosas a un almacén de electrónica de un amigo mío. Voy a darte una nota y dinero. Después…

Siguió hablando, dejando maravillados a Peck y a la muchacha, que le escucharon con la boca abierta.

En cuanto a Robert, no separaba su mirada del niño que seguía profundamente dormido.

CAPÍTULO III

Cuando el teléfono sonó, Thomason miró con desconfianza al inspector Simmons.

Hubiese preferido mil veces que el FBI no interviniese en aquel desdichado asunto. Conocía la violenta reacción que desencadenaba en los raptores la presencia del FBI y aquello le hacía sentir un miedo más intenso a que no volviese a ver a su querido Charles.

Descolgó el aparato sin dejar de mirar al policía:

—¿Diga?

La voz que oyó le pareció lejana, percatándose de que el que hablaba debía hacerlo a través de un pañuelo.

—¿El profesor Thomason?

—Sí, yo soy; ¿qué desea?

—Estoy seguro de que habrá por ahí, no lejos da usted, un inspector del FBI. Dígale que no haga tonterías y que si intenta localizar el teléfono desde el que estoy llamando, su hijo no vivirá ni dos minutos más.

Justamente, en aquel momento, Simmons se precipitaba hacia otro teléfono. Thomason le gritó:

—¡Quieto, inspector! ¡No toque ese teléfono! ¡Se lo prohíbo!

Simmons se mordió los labios.

A través del auricular, el hombre que había llamado al profesor emitió una risa breve:

—¡Bravo, señor Thomason!

—¿Qué quiere de mí? —inquirió el científico con un tono agrio en la voz.

—Cien mil dólares, amigo mío; creo que no es una cantidad exagerada si la comparamos a la vida de Charles.

—¡Cállese!

—Lo comprendo; perdone. ¿Qué hay del dinero?

—Tendré que buscarlo; es una cantidad…

—… muy elevada; también lo comprendo, profesor. Está bien. Mañana, alrededor de las once, un taxi se detendrá ante la puerta de su casa. Tómelo, con el dinero naturalmente. Dentro encontrará instrucciones.

Mientras tanto, el inspector Simmonds meditaba el modo de encontrar al invisible comunicante, percatándose de que, al parecer, todos los factores estaban de parte del raptor.

Hubo un silencio:

—No creo que haga falta prevenirle —siguió diciendo la voz—, profesor Thomason, de que cualquier intento suyo sería francamente suicida. ¿Entendido?

—Sí.

—Hasta mañana, pues…

Sonó un «clik» al otro lado y Thomason, con la frente bañada en sudor frío, colgó a su vez.

Simmons le miraba fijamente:

—¿Cuánto le han pedido?

—Cien mil.

El del FBI sonrió:

—No son espías; menos mal.

Thomason se llevó las manos a la cabeza.

—No sé de dónde sacaré tanto dinero.

—Yo puedo dárselo.

—¿Usted? —Luego, con una amarga sonrisa—: Comprendo: billetes numerados o marcados… o falsos.

—¿Por qué no?

—Porque nunca volvería a ver a Charles.

Fue Simmons a decir algo, pero se mordió los labios a tiempo.

¡Pobre hombre!

Si creía que volvería a ver al pequeño, era que soñaba; pero, en todos los casos de rapto, pasaba siempre igual. Y es que el amor, el tesón y, al mismo tiempo, la testarudez estúpida de unos padres afectados por semejante dolor alcanza límites insospechados.

Simmons rompió el silencio:

—¿De dónde piensa sacar el dinero?

Thomason levantó la cabeza, que había mantenido inclinada

sobre el pecho y con una voz amargada y tremendamente triste:

—No tengo más remedio que solicitarlo del Instituto. Me empeñaré hasta los ojos; pero no hay otra salida.

Telefoneó a su director y Simmons tuvo que cerrar los puños al ver que el joven profesor lloraba mientras solicitaba aquella importante suma. También debió darse cuenta su invisible comunicante del dolor que atenazaba a aquel desdichado padre.

El del FBI vio que una sonrisa aclaraba súbitamente el rostro del sabio y que balbuceaba agradecimientos sin fin. Luego colgó el aparato.

—¡Lo he conseguido! —exclamó con voz truncada por la emoción—. ¡Lo he conseguido! Me enviará el dinero esta misma tarde.

Simmons se estremeció al pensar en todo lo que iba a trabajar Thomason para liquidar tan tremenda deuda.

—Me alegro mucho, sinceramente, profesor. Yo, en vista de la marcha de los acontecimientos, me voy. Ya que usted se ha decidido a pagar, no tengo que hacer nada más. No intervendré en este asunto.

Thomason le miró con manifiesta incredulidad e inquirió:

—¿No va a hacer nada por seguir mañana el taxi? ¿Es verdad?

—Le doy mi palabra de honor que no intervendré en absoluto.

CAPÍTULO IV

Nada más penetrar en el taxi, Thomason, se dio cuenta del alargado paquete que había sobre el asiento. Sobre el paquete había una carta con el sobre a su nombre.

«Coja la emisora y esté a la escucha».

Sólo habían escrito aquellas palabras y el sabio desenvolvió el paquete encontrando en el interior una emisora de esas utilizadas por las tropas y cuyo alcance no pasa de las ocho millas.

Se colocó el auricular junto al oído y abrió la ventanilla para que la antena pudiese captar más fácilmente los mensajes que, sin duda alguna, le comunicarían.

Entre tanto, el chófer, que no le había dirigido la palabra, salió de la ciudad, tomando una carretera secundaria que atravesaba una zona de arbolado completamente desierta.

Thomason se volvió para comprobar, con un suspiro de satisfacción, que ningún otro vehículo le seguía.

Simmons había cumplido su palabra.

Instantes más tarde, un chasquido tenue se dejó oír en el auricular y el corazón de Thomason latió con rapidez.

—«¿Profesor? ¿Me oye?».

—Sí, perfectamente.

—«Me alegro de que haya cumplido exactamente cuánto le ordené. ¿Lleva el dinero?».

—Sí. Lo tengo conmigo.

—«¿De dónde lo ha sacado?».

—Me lo ha prestado el Instituto donde trabajo.

—«¿Cómo son los billetes? Le advierto que mientras no comprobemos que no nos tiende una trampa, no le devolveremos al niño, y si vemos que los billetes son nuevos o numerados, tendrá

que darnos medio millón de dólares».

—No. Ya los he repasado uno a uno; son billetes viejos y sin numeración registrada. Los hay de todas clases; Ya los pedía de esa forma. No están marcados.

—«Formidable».

Hubo un corto silencio.

—«¡Profesor!».

—Diga.

—«Prepare el paquete y abra bien la ventanilla. En cuanto se lo ordene, lo tirará fuertemente, por la derecha, de manera que caiga entre los árboles. ¿Entendido?».

—Sí; así lo haré. ¿Cuándo me devolverán ustedes a Charles?

—Enseguida.

Hubo otra pausa; esta vez más larga. De repente.

—«¡Prepárese, profesor!».

—Estoy preparado.

—«¡Tírelo ya!».

Thomason obedeció. Por mucho que hizo, no pudo ver a nadie entre los árboles y el paquete se quedó allí hasta que lo perdió definitivamente de vista.

Media hora más tarde, bajaba, del coche que le dejó a la entrada de la ciudad.

CAPÍTULO V

Ni él ni su esposa podían dormir.

No se acostaron siquiera. Permanecieron en el «*living*»; ella rezando en silencio y él paseando por la estancia como un león enjaulado.

Hacia las once, alguien llamó a la puerta posterior de la casa y antes de que su esposa se hubiese movido, Thomason corrió como un loco, encontrándose ante el pequeño Charles que lloraba junto a la entrada.

El niño llevaba un papel cogido al vestido con un imperdible:

> Señor profesor:
>
> »No quiero que nadie sepa, al menos por una temporada, que he devuelto al niño. Ellos me ordenaron que le matase, pero no he podido hacerlo. Tenga cuidado otra vez, señor profesor y no deje jamás que su pequeño se separe de usted. El mío y mi mujer murieron en un incendio hace tres años. Jules tendría ahora, si viviese, la edad de Charles. ¡Que Dios le bendiga!
>
> Robert».

* * *

—Ha tenido usted mucha suerte, profesor Thomason.

El profesor miró sonriendo a Simmons:

—Fue gracias a usted, inspector; si no se hubiese quitado de en medio voluntariamente, quizá ellos le hubiesen matado sin confiárselo a ése Robert que Dios colme de bendiciones.

—Tropezamos con un granuja que se librará de la silla eléctrica. Los otros no.

—¿Pero piensa cogerlos?

—Ésa es nuestra misión, profesor, y puedo asegurarle que será muy raro que se escapen.

—¿Puede decirme cómo va a lograrlo?

—No, todavía no. Otro día.

CAPÍTULO VI

Habían llegado a San Francisco.

El «señor». Williams iba con ellos y era él quien llevaba, en una gran cartera de cuero, el paquete con el dinero que habían logrado tan fácilmente.

Se alojaron en un hotel de segunda categoría, reuniéndose en una de las habitaciones.

—Tendremos que descontar los gastos —dijo Williams.

Todos estuvieron de acuerdo, ya que el siniestro vejete había pagado todo, de manera a no utilizar, por el momento, los billetes entregados por el profesor.

—Ya no me queda ni un centavo —dijo mirando a los otros—. Tendremos que repartir el dinero y empezar a utilizarlo.

—¿Cree usted, señor Williams, que nos habrán dado dinero marcado?

—No. Estoy seguro de que estos billetes no están marcados. Nadie puede engañarme, Son billetes tan viejos que nadie podría reconocerlos jamás. Estoy seguro.

Ely se adelantó hacia los hombres:

—¿Nadie tiene un pitillo?

—No.

—Yo puedo ir a cambiar un billete y comprar cigarrillos. Al mismo tiempo, desearía comprar rojo para los labios y algunas cositas más. ¡Desde que salimos de Chicago, no me he podido pintar y estoy hecha un adefesio!

Peck le acarició el brazo:

—¡Ponte bonita, cariño!

Entre tanto, Williams había abierto la cartera y repasaba nuevamente el dinero.

Estaba seguro de que aquellos billetes no tenían nada de particular y se alegraba al comprobar que las cosas habían salido a pedir de boca, sin un solo tropiezo.

Se volvió hacia el gordo:

—¿Qué te pasa a ti? Parece que estás en un entierro.

—Que no puedo olvidar a aquel niño; yo también tenía uno.

Peck le lanzó una furiosa mirada:

—¿Vas a empezar otra vez con tu historia, imbécil? ¡Déjanos tranquilos!

El «señor». Williams había cogido un billete de cien dólares y se lo entregó a Ely:

—Toma; cómprate lo que quieras, pero no te olvides de traernos algo para beber y comer.

Ella cogió el dinero y se dirigió velozmente hacia la puerta.

—¡No tardes, preciosa! —gritó Peck.

—Y no se te ocurra ir hoy a la peluquería —dijo el vejete—. Ya tendrás tiempo de hacerlo: mañana.

Ely salió a la calle y corrió a un gran almacén donde compró todo lo que necesitaba. Fue colocando sobre el carrito las cosas que iba cogiendo de las estanterías: cigarrillos, conservas, medias, un nuevo jersey, rojo para los labios.

Cuando hubo acabado, se dirigió hacia el mostrador de la caja, donde una muchacha empezó a contar las cosas para empaquetarlas.

—Son ciento veinte dólares —dijo.

—¿Ciento veinte? —sonrió a la empleada—. ¿Puede guardarme esto unos minutos? Voy a por más dinero. No he traído más que cien. Se los voy a dejar como señal.

Corrió nuevamente al hotel y explicó acaloradamente lo que le ocurría. Williams, con una sonrisa, le entregó otro billete de cien:

—Vuelve enseguida. ¿Has comprado «*whisky*»?

—Sí; una botella de escocés legítimo.

Regresó al almacén y dirigiéndose directamente a la caja:

—Aquí tiene el dinero, señorita.

La muchacha la miró extrañamente, mientras una mano se posaba duramente en su hombro:

—Vamos a por más dinero, encanto.

Se volvió horrorizada.

Un hombre, con una chapa del FBI en la mano entreabierta, le sonreía burlonamente.

Simmons encendió el cigarrillo con una parsimonia que enervó a Thomason.

Sobre la mesa del «*living*» y colocados por fajos, que acababan de contar, se hallaban los cien mil dólares que el sabio había pedido al Instituto:

—¡No me lo explico! —dijo Thomason.

Simmons sonrió:

—Usted mismo fue quien me dio la idea. Cuando vi que telefoneaba al instituto pidiendo el dinero y que se lo concedían, consideré que mi puesto ya no estaba aquí.

—¿Dónde fue?

—A ver a su director, el profesor Richmond. Él y yo fuimos seleccionando los billetes más viejos que nos trajeron del Banco; billetes que nadie podía marcar y que podían utilizarse, sin peligro alguno, en no importa qué parte del país.

—No entiendo.

—Ahora verá. Yo deseaba que los granujas, sobre todo el que había coordinado tan estupendamente el golpe, estuviese completamente seguro de que no deseábamos engañarle y que no le entregaríamos, en manera alguna, dinero marcado. Quería yo que, costase lo que costase, pudiésemos salvar al pequeño; aunque esto ocurrió gracias al corazón de un padre: de Robert.

—Ya lo sé.

—Una vez contados y preparados los billetes, el profesor Richmond y yo los llevamos a uno de los laboratorios y los sometimos a el paso junto a una substancia radiactiva. De esa manera, los billetes quedaban impregnados de radiactividad.

—¡Es formidable!

—Ya lo creo. Nadie podía imaginarse que aquellos viejos billetes estaban tan marcados como si se hubiese tratado de una serie nueva y de numeración correlativa.

»Inmediatamente después, se enviaron “contadores Geiger”, en gran cantidad, a lodos los centros del FBI del país. Se repartieron en los grandes almacenes y en algunas tiendas secundarias, pero de gran importancia.

»Naturalmente, que la suerte nos favoreció demasiado cuando

Ely hizo una compra por un importe superior, a los cien dólares que entregó como señal. Aunque, de todas formas, los hubiésemos cogido un día o dos después.

»La orden era la de examinar, en las trastiendas, todos los billetes viejos que se entregasen y durante los días que duró el viaje de esos granujas —ya que no emplearon el dinero robado— trabajaron activamente todos nuestros agentes sin hallar uno solo de los billetes tratados con radiactividad.

»Y eso es todo.

Thomason lo miró con admiración; luego, bruscamente preocupado:

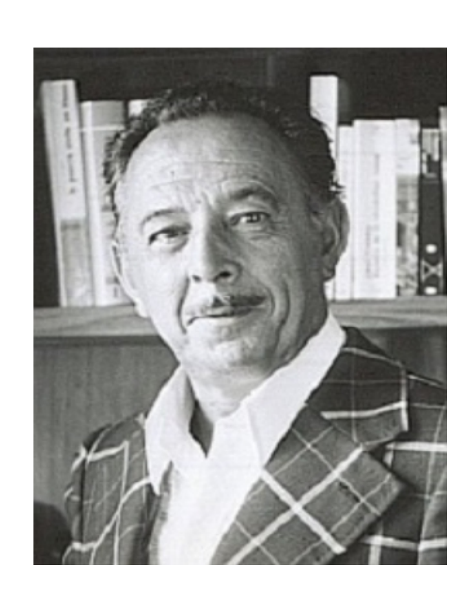
—¿Y Robert?

—He entregado al fiscal la carta que llevaba el niño. Estoy seguro que saldrá bien librado, pero no con menos de diez años.

—¿Y los otros?

—La silla eléctrica, amigo mío. Se la merecen. ¿No lo cree usted?

FIN

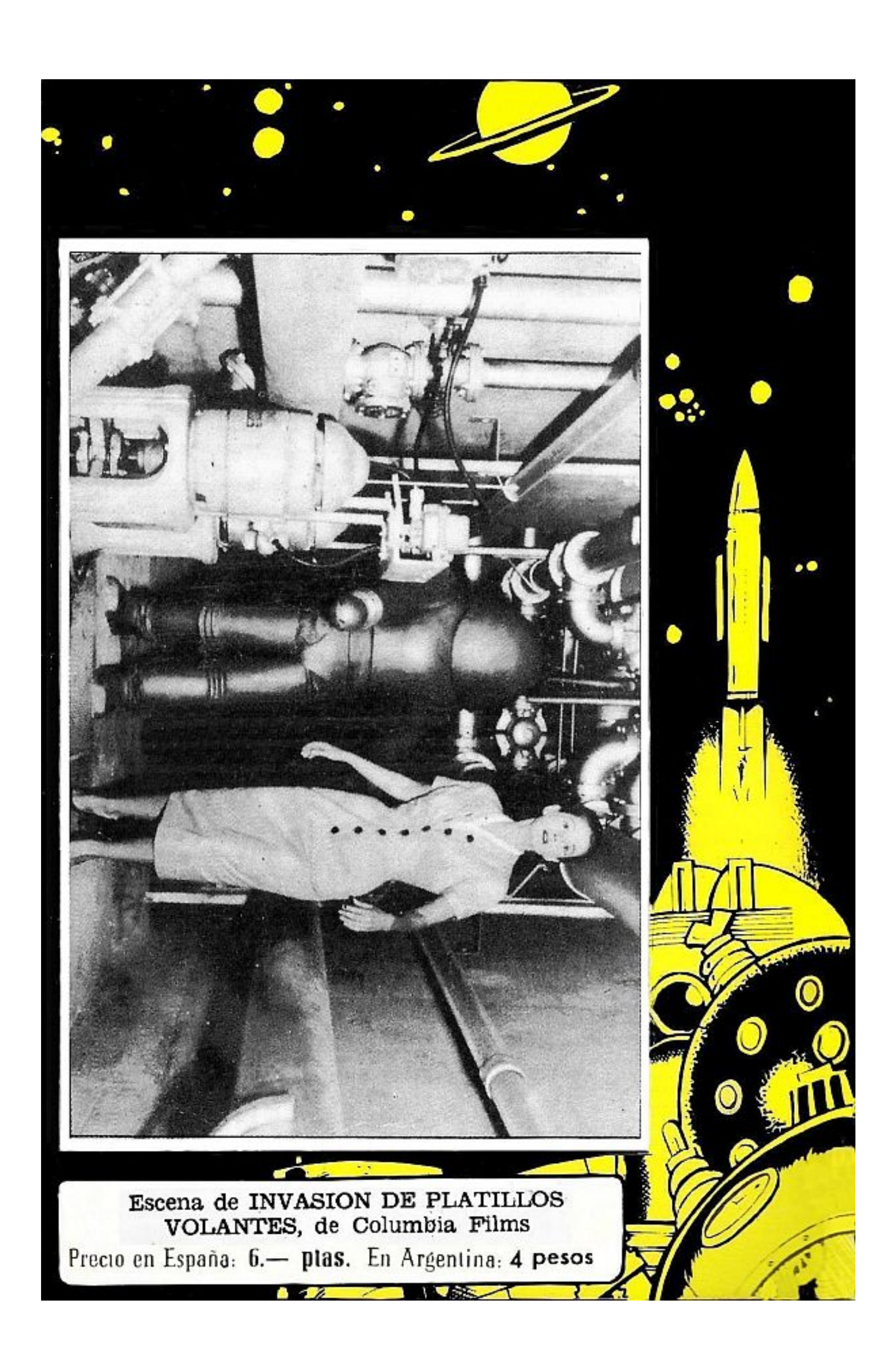


ENRIQUE
SÁNCHEZ
PASCUAL.

Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo

de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.



Escena de INVASION DE PLATILLOS VOLANTES, de Columbia Films

Precio en España: 6.— ptas. En Argentina: 4 pesos

Notas

[1] La elíptica es el camino que sigue la Tierra alrededor del Sol. <<

[2] Famosa ciudad infantil creada por Walt Disney en Hollywood. <<